

MORUENA ESTRÍNGANA

MI ERROR
FUE

Amarte



5

Parte 1

Click
EDICIONES

Índice

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[MI ERROR FUE AMARTE](#) [PARTE I](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

[Próximamente](#)

[Créditos](#)

[Click](#)

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

*Dedico esta serie a mis lectores.
Gracias por estar conmigo en cada libro
y por vuestro cariño y apoyo constante.
¡Un escritor no es nada sin vosotros!*

PRÓLOGO

La joven miró horrorizada al hombre que se acercaba a ella. Estaba aterrada, y lo peor de todo era que se sentía como si todo lo que estaba pasando no fuera más que un sueño... o, mejor dicho, una pesadilla, de la que deseaba despertar pronto.

—Ven, lo pasaremos bien.

El hombre había tratado de quitarle el pijama y ella no sabía qué hacer para huir de aquello. Observó una ventana a su derecha y, cuando aquel depravado estaba a punto de cogerla, se lanzó por ella, haciendo que el cristal se rompiera por el impacto. Cayó desde un primer piso y sintió como uno de los cristales se le clavaba en el pecho. Pero, pese al dolor, tenía claro que prefería la muerte antes que dejar que ese cerdo la tocara.

Los músculos le pesaban, su cuerpo ya no le respondía.

Después de alejarse todo lo posible, se dejó caer en la fría hierba, deseando que todo hubiera sido, en verdad, una pesadilla y nada de esto hubiese pasado. Sin embargo, en el fondo sabía que todo había sido muy real y que es muy difícil escapar de las pesadillas que te produce la vida...

MI ERROR FUE AMARTE
PARTE I

CAPÍTULO 1



DULCE

Llego al trabajo y me encuentro con Adair. Está tan guapo como siempre, con sus intensos ojos grises y su pelo negro. La sonrisa que baila en sus labios hay que agradecerse a su novia Laia, a la que ama con locura. Tras saludarme, me dice que Jon va a ser mi nuevo compañero.

—Estarás contenta. He de añadir que he ayudado un poco para que esto fuera así... me sentía culpable por dejarte...

—No tenías por qué sentirte culpable.

Adair me sonrío, haciendo que sus preciosos ojos plateados brillen con intensidad. Desde que aprobó el examen para detective de policía sabíamos que esto sucedería tarde o temprano. Él ahora debe ocuparse de otros menesteres y, por lo tanto, dejar de ser mi compañero. Echaré de menos ir con él. La idea de ir con Jon, que es además mi novio, no me ha hecho tanta ilusión como debería...

—¡Qué sorpresa veros a los dos aquí!

... Aunque tal vez esto se deba, en parte, a que a partir de hoy trabajaremos codo con codo con Ángel; alguien a quien desde hace cinco años no ha habido día que no deseara no haber conocido. En el fondo la razón es que odio que mi ser responda de esta manera a su cercanía. Y, cómo no, hoy no ha sido menos. Mi corazón ya está latiendo desbocado y, aunque sé que no debería, acabo dándome la vuelta para mirarlo con cara de pocos amigos. Pero es eso o mirarlo embobada, pues no puedo evitar perderme en sus preciosos ojos verdes cuando lo tengo delante. Nunca he visto unos ojos con tantos matices de verde. Lo odio por ser tan endemoniadamente guapo; porque cada día que pasa él está aún mejor, si cabe. Hoy lleva el pelo rubio sobre la frente y el muy desgraciado está sonriendo, pues sabe que me incomoda su presencia, y esto hace que su hoyuelo se le marque aún más. ¡Oh, cómo lo odio!, lo odio con todo mi ser... ¡No lo soporto!

—No hace falta que pongas esa cara de acelga, ni que aprietes así la boca. Ya eres lo suficientemente fea sin necesidad de hacerlo —me espeta, saludándome como estamos acostumbrados desde que volvimos a vernos, cuando vine a este pueblo como compañera de Adair.

—Mira, igual que tú. Cada día estás más horrible. No sé como no rompes los espejos cuando te miras en ellos.

—Sí, eso me dicen todas... —ironiza, y lo miro aún con más rabia.

—Parad..., la gente en esta comisaría no sabe de vuestros piques..., aunque da igual, no tardarán mucho en acostumbrarse —comenta Adair intentando poner paz entre

nosotros, sin éxito, pues seguimos retándonos con la mirada.

—No me agrada tener que trabajar a tu lado —le espeto enfadada.

—Ya somos dos, bonita.

Aprieto la boca con rabia por el apelativo.

—Eres...

—¡Dulce! —Jon llega a mi lado y pone una mano en mi cintura atrayéndome hacia él —. Ángel —le saluda. Ángel lo mira con seriedad, algo que no es habitual en él. Me molesta que su incomodidad para conmigo la desplace a Jon; él no tiene la culpa de que no nos podamos ni ver—. Tenemos que hablar —me dice llevándome con él.

—Claro.

Sigo a Jon y entramos en uno de los despachos libres. Cuando estamos solos, me acerca a él y me besa. Yo le correspondo, tratando de disfrutar el beso, pero mi mente está en otra parte. Concretamente, en la ronda de después y para mi desgracia en tener que estar todo el día en compañía de Ángel.

—¿Va todo bien?

—Si por bien entendemos trabajar con alguien al que no tragas..., sí.

Jon me sonríe y me acaricia la mejilla. Sus ojos negros me miran con interés, se acerca a mi oído y me sobresalto cuando me dice:

—Esta noche estoy solo en casa...

—No puedo..., he quedado —miento, separándome de él.

—Tal vez otro día entonces.

Jon me mira muy serio y empiezo a retroceder hasta que salgo fuera del despacho, con tan mala suerte que acabo chocando con alguien o, mejor dicho, con el indeseable.

—Tenemos que irnos. —Ángel habla sobre mi hombro.

—Claro. —Por una vez estoy de acuerdo con él.

—Id vosotros, yo tengo que arreglar unas cosas aquí.

Jon se aleja sin añadir nada más, por lo que Ángel coge mi brazo y nos dirigimos hacia donde están los coches patrulla. Entro en el coche sin saber muy bien qué es lo que acaba de pasar. No soy tan tonta como para no darme cuenta de que a Jon no le ha sentado muy bien que haya rechazado el plan de esta noche, aunque ciertamente siempre tengo una excusa para él cuando trata de invitarme a su casa.

Respiro agitada e intento serenarme. ¿Por qué no puedo ser una chica normal y corriente? Las jóvenes de hoy en día no tienen tantos reparos en acostarse con alguien..., pero yo no soy una joven normal. Me llevo la mano al pecho y me acaricio la cicatriz.

—¿Dulce?

Miro a Ángel y por un momento me parece ver preocupación en su mirada, pero es solo un instante, no tarda en mirarme con la indiferencia de siempre.

—Sí, vamos.

Pensaré en Jon más tarde. Es un buen chico y muy guapo, no sé por qué le pongo tantas pegadas.

Arranco el coche y salimos del aparcamiento. Ángel no dice nada porque conduzca yo. Después de llevar recorridas varias calles los dos en un absoluto silencio, empiezo a sentirme incómoda, así que aparco y lo miro.

—¿Qué pasa? —le pregunto. Él gira la cabeza y me observa con sus intensos ojos verdes.

—¿A mí? ¿Por qué?

—No es normal en ti que estés tanto tiempo sin meterte conmigo.

—Estoy trabajando, y me tomo el trabajo muy en serio. Deberías hacer tú lo mismo.

—¿Insinúas que no me tomo en serio mi trabajo? ¡Pues te aseguro que sí!

Ángel me sonrío para mosquearme todavía más. Estoy a punto de replicarle con una de mis pullas cuando me llaman para comunicarme que hay una emergencia: un robo en un supermercado.

Pongo la sirena y nos dirigimos hacia allí a toda velocidad. Por suerte el supermercado queda cerca y cuando llegamos vemos salir al ladrón. Paro el coche y salgo tras él.

—¡Deténgase! —No me hace caso y corro para darle caza. Al poco me quedo atónita al ver que Ángel me pasa corriendo y coge al ladrón de la chaqueta, tirándole al suelo.

—Queda usted detenido —digo poniéndole las esposas y mirando con rabia a Ángel por su ayuda. Una ayuda que no pienso agradecerle.

Levanto al hombre y lo llevo hacia el coche. Me extraño al no ver a Ángel a mi lado y, al buscarlo con la mirada, me doy cuenta de que está haciendo unas fotos con su pequeña cámara. Lo ignoro y meto al ladrón en el coche patrulla para llevarlo a comisaría.

* * *

Tras dejarlo en los calabozos, salgo de nuevo al aparcamiento para seguir haciendo la ronda.

—Espérame.

—Puedes quedarte escribiendo el artículo como te ha dicho el jefe..., yo puedo ir sola. Es más, lo prefiero.

—Sí, ya he visto esta tarde lo bien que te vales tú solita —comenta Ángel con sorna. Me detengo encarándome a él.

—¿Acaso pensabas que no podía cogerlo? ¡Podía haberlo hecho yo sola!

Mis otros compañeros policías nos observan, confundidos por mi reacción. Siempre soy muy callada y no suelo llamar la atención, pero es que nunca me habían visto con Ángel.

—Claro, eres muy capaz...

Lo miro furiosa.

—¿Podrías quedarte? Lo mejor para los dos es que evitemos encontrarnos. Así no llegará la sangre al río.

—¿Me estás amenazando? —Esta vez Ángel me mira divertido y eso me enfurece más—. ¿Tú y cuántas más como tú, enana?

—¡Dios, no sabes cuánto te odio!

—Ya somos dos. —Se vuelve para entrar—. Me quedo..., pero porque yo quiero.

—¡Eres insoportable!

Lo veo alejarse y me giro furiosa hacia el coche.

—¡Dulce! —Me giro cuando oigo que mi jefe me llama—. Es mejor que vayas con un compañero... Por mucho que Jon piense lo contrario.

—Puedo ir sola.

Mi jefe asiente, pero lo miro dolida. ¿Por qué Jon no quiere acompañarme?

—Ve a buscarlo... Creo que está en el despacho de Patricia.

Asiento sin querer montar más escenas por hoy. Seguro que me ha visto gritarle a Ángel y no quiero quedar aún peor. Según me acerco al despacho de Patricia me parece escuchar unas risas en el interior, pero abro la puerta sin darle mayor importancia.

—Jon... —mi comentario muere en mis labios al encontrármelos a él y a Patricia en actitud más que cariñosa, pues la camisa de él ha desaparecido y la de ella también.

Patricia salta de la mesa y corre a taparse, mientras que Jon se me queda mirando... ¿enfadado? Comienzo a caminar hacia atrás, sin poder asimilar lo que he visto.

—¿Qué esperabas? Tú me has empujado a esto.

—¿Yo?

—Dulce... —escucho a Ángel llamarme pero, por una vez, Jon tiene toda mi atención, sin que Ángel ronde en mi mente.

—No eres más que una estrecha... ¡Por Dios, Dulce, tienes veintidós años! ¿No crees que ya es hora de dejar de ser una puñetera monja? Esto es lo que pasa cuando a un hombre no le das lo que nece... —Jon no termina de hablar, pues Ángel le acaba de plantar un puñetazo en su perfecta cara.

—¡Y esto es lo que se les da a los cabrones como tú, que justifican sus errores echando la culpa a otros!

La salida de Ángel me sorprende; yo aún no he podido reaccionar. Estoy paralizada, helada, sin dar crédito a lo que acaba de ocurrir. Las palabras de Jon siguen aguijoneándome en la mente, pues desgraciadamente no es la primera vez que un chico me las dice.

Otra vez hemos vuelto a formar un corro a nuestro alrededor. La gente contempla

curiosa la escena y muchos me miran de forma extraña.

—Vamos.

Ángel tira de mí y me dejo arrastrar por él hacia la salida. Cuando pasamos frente a mi jefe, nos detenemos y veo tristeza en su mirada.

—Tenías que enterarte... siento que haya sido de esta manera.

¡Él lo sabía! Y tal vez como él, todos los demás. Miro a mi alrededor muriéndome de vergüenza. Me considero una persona fuerte, pero ahora mismo no sé cómo manejar esta situación. Solo esto explica que me haya acercado físicamente a Ángel, aceptando su fuerza y su apoyo: él no ha apartado su mano de mi cintura, y su calidez es lo único que ahora me mantiene entera.

—Ten. —Mi jefe me da unos papeles—. Tal vez te vendría bien estar fuera un tiempo.

¡¿Qué?! ¿Me está echando?

Aprieto los puños y meuerzo a sonreír, mientras tomo aire y pienso cómo salir airoso de todo esto y que nadie note el daño que me han hecho las palabras de Jon y su infidelidad, pues es la segunda vez que vivo algo parecido.

Me separo de ellos y cojo mi chaqueta.

—Me voy a dar un paseo... sola.

Me alejo andando de la comisaría todo lo deprisa que puedo sin que parezca que estoy huyendo y, cuando sé que nadie me observa, empiezo a correr, deseando que la carrera se lleve parte de mi desasosiego.

ÁNGEL

Trato una vez más de concentrarme y acabar el artículo, pero mi mente está en otra parte. En Dulce y lo que ha sucedido esta tarde. No puedo olvidar su cara descompuesta y al que supuestamente era su novio diciéndole esas cosas tan horribles. De buena gana le hubiera dado otro par de puñetazos. La persona que es infiel lo es porque le da la gana, nadie la obliga a ello. Tal vez Dulce y yo no seamos los mejores amigos, pero, aunque me cueste reconocerlo, no me gusta que le hagan daño y Jon nunca me ha caído bien..., tal vez por celos, pero al margen de eso, Dulce no se merecía el trato que él le ha dado.

Cuando salió de la comisaría y quise ir tras ella, su jefe me cogió del brazo y me dijo que la dejara sola. Lo hice, pero desde que salí de la comisaría no he dejado de buscarla.

Y ahora estoy aquí, tratando inútilmente de acabar porque no puedo apartarla de mi mente. Hace tiempo que decidí no pensar en Dulce y mucho menos querer saber de ella... Desgraciadamente, mi mente va por libre y me atosiga a menudo con su recuerdo.

Escribo la última frase y, tras repasar el artículo, lo envío al periódico. No es de los mejores que he escrito, pero hoy mi cabeza está en otra parte y, además, un simple atraco a un supermercado no da para más. Espero tener pronto algo mejor sobre lo que escribir. Lo malo es que, a este paso, como Dulce y yo sigamos trabajando juntos, el titular lo daremos

nosotros cuando acabemos matándonos el uno al otro y aparezcamos en la página de sucesos.

Cansado, salgo de mi cuarto y bajo a por algo para cenar. Mis padres se han ido de viaje y mi hermana está en casa de Adair, estudiando con él... «Sí, seguro», pienso con una sonrisa.

Estoy calentando la cena en el microondas cuando suena el timbre de la puerta. Al abrir, me sorprende ver a Dulce con varias bolsas de la compra. Tiene los ojos rojos de haber estado llorando, lo cual resalta aún más su color violeta, y lleva el pelo medio suelto y despeinado. No creo ni que sea consciente del aspecto tan lamentable que presenta y, a pesar mío, siento una punzada en el pecho por verla así.

—¿Está tu hermana? —pregunta sin mirarme directamente a los ojos.

—No, está en casa de Adair.

—Entonces me voy.

Se da la vuelta haciendo que las bolsas choquen contra la pared y una de ellas se le caiga.

—¿Qué tienes, manos de mantequilla? —le digo agachándome a ayudarla a recoger las cosas.

Ella se limita a mirarme furiosa, se levanta y empieza a irse. Sé por Adair que Dulce vive sola en un estudio no muy lejos de aquí. Por su aspecto y por el hecho de que haya venido a buscar a Laia, deduzco que lo que menos le apetece esta noche es tener la soledad como compañera. Aprieto los puños enfadado por lo que voy a decir a continuación pero, pese a no gustarme el camino de mis pensamientos, no los detengo.

—Quédate aquí, Laia tiene muchas películas..., yo no te molestaré.

—No necesito tu compañía.

—Tú misma, pero hay helado de chocolate...

—Llevo helado... —Mira sus bolsas con lástima—. Aunque estará derretido.

—Yo puedo ayudarte a comértelo si quieres —digo a la vez que me pregunto por qué insisto tanto si lo mejor para los dos es que se vaya.

—No hace falta que te vuelvas amable conmigo de repente.

—Tranquila, sigo sin soportarte y no es mi intención que eso cambie entre nosotros.

Dulce me mira seria, pero luego asiente y entra en casa. La sigo inquieto porque haya aceptado mi invitación. Debe de estar peor de lo que parece si prefiere mi compañía a estar sola. Cierro la puerta preocupado y la sigo, sin saber muy bien cómo actuar con ella ni qué decirle.

—Yo sé dónde está todo..., puedes seguir con lo que estabas haciendo como si yo no estuviera.

—Mientras, ¿nos comemos el helado?

Dulce asiente y deja las bolsas en la encimera de la cocina. Lo saca y al abrirlo está

casi derretido.

—¿Hace mucho que lo has comprado? —Dulce levanta la cabeza y me mira como si no entendiera mi idioma—. Digo...

—No lo sé. —Está como ida y, sin más, le tiendo una cuchara y me apoyo en la mesa. Dulce se pone a mi lado y, colocando la tarrina entre los dos, empieza a tomar el helado derretido sin decir nada.

—No le hagas caso, es un gilipollas...

—Estoy bien. —Pero justo después de decirlo, noto como aprieta los dientes para no llorar.

Seguimos comiendo en silencio y Dulce abre una bolsa de patatas para mezclarla con el helado. Pese a mi cara de asco, acabo cogiendo patatas, pensando en si no me sentarán mal. Hasta ahora, mi hermana y sus amigas son las únicas que han salido ilesas tras sus mezclas.

—¿Te apetece ver una peli?

—¿Eh...? —otra vez parece perdida y, alzando los hombros, responde—: Sí..., supongo.

Mientras va despacio hacia el salón, yo voy al cuarto de mi hermana y bajo con varias de las películas románticas que suelen ver. Cuando llego al salón, ya ha puesto la comida que ha comprado encima de la mesa baja y veo a Dulce tomando patatas... ¡¡con *whisky*!! Creo que es la primera vez que la veo beber algo que no sea un refresco. En fin, ella misma.

—Si bebes, no conduces —le advierto.

—No he venido con el coche. —Dulce da otro trago a morro de la botella y pone mala cara.

Pongo una de las pelis y me siento en el sofá donde está ella, pero sin tocarnos.

—Trae.

Le quito la botella y le pego un trago. Unos minutos después, me sorprende a mí mismo mezclando helado derretido con *whisky*, patatas y todas las chucherías y golosinas que ha traído Dulce. Ella hace lo mismo y noto que el *whisky* se le está subiendo a la cabeza porque cuando el protagonista le ha dicho a la chica que no la quiere, se ha echado a reír, y yo con ella. ¿De verdad nos estamos riendo juntos?

—Todos los tíos sois iguales..., solo pensáis en sexo.

—Eh, a mí no me incluyas.

—¿Cómo que no? Tú eres el peor de todos —me dice sonriéndome.

—Estamos en tregua.

—No puedo evitar meterme contigo.

—¿Por qué?

Se encoge de hombros y contesta:

—Porque te odio —lo dice como si fuera lo más normal del mundo y sonrío por su salida.

—Lo mismo digo, princesa.

Le quito la botella y le pego un gran trago. Termina la película y nosotros, con la botella y con casi toda la comida que ha traído Dulce. Solo la cogorza que llevamos encima explica que hayamos acabado sentados tan juntos y que ahora su pierna se roce con la mía. Y sobre todo, que no haya dejado de mirar sus labios deseando besarla... Debo de ir más borracho de lo que creo.

—Al final toooodos tienen raaazón...

—¿En qué?

—Soy fríííí... frííííida —comenta triste—. Yo creo que no..., solo que no me guuusta el sexo.

Dulce se levanta y me mira con sus grandes ojos violetas.

—¡Eh! ¿Por qué ahora... todo tiene que ir ligado al sssssexo? —Se lleva la mano a la cabeza—. ¿Es normal que todo... todo me dé vueltas?

—Sí.

Asiente y me mira triste.

—Soy frííííida —repite—. Es mejorr que looo acepte.

—Dudo que lo seas.

Dulce me observa sorprendida y yo también me sorprendo por lo que he dicho. Se mueve para coger la botella vacía, con tan mala suerte que tropieza con la alfombra y cae encima de mí.

La cojo entre mis brazos y nuestros labios quedan sumamente cerca.

—O sea, que, según tú, no soy frígida, ¿no? —dice y se queda mirando fijamente mis labios.

Sin poder contenerme, arrastrado por la locura en la que me ha sumido el *whisky* —o eso me quiero hacer creer—, la acerco a mis labios y atrapo los suyos como hace cinco años, cuando por un tiempo estuve muy feliz de poder decir que ella era mi novia.

Cuando nuestros labios se tocan, salta la chispa que hace años comenzó, y la pasión nos nubla los sentidos.

Embriagado por la calidez de su lengua, paso mi mano por su espalda y la acomodo mejor en mi regazo. Las manos de Dulce se deslizan por mi cuello y una de ellas acaricia mi pecho; sus caricias desinhibidas me hacen perder definitivamente el control. Cambio de postura y la tumbo en el sofá sin dejar de besarla, incapaz de separarme de sus dulces labios. Son el mejor manjar que he probado en mi vida, aunque ya hace tiempo que lo sabía; llevo cinco años intentando olvidar su sabor. Eso me hace detenerme un instante, como si la razón quisiera colarse en esta locura, pero cometo el error de mirar sus labios

entreabiertos y una vez más me dejo llevar, acallándola.

Dulce se ríe cuando beso su cuello y, sin esperar más invitación, le quito la camiseta y también la mía. Dulce me sonrío y pasa las manos por el tatuaje, un trébol que me hice hace tiempo y que llevo entre el hombro derecho y el pecho.

—Es bonito.

Vibro al sentir la yema de sus dedos sobre mi piel y bajo la mano para acariciar sus pechos. Entonces me quedo desconcertado al ver la cicatriz que hay en medio de estos; es irregular y bastante grande.

—¿Qué es?

—¿Te da asco?

La miro a los ojos: se le han llenado de lágrimas y se empieza a separar.

—¡No! Solo...

Pero Dulce ya se ha sentado en el sofá y busca su camiseta.

—Esto no... esto no debería estar pasando... —comenta, poniendo un poco de cordura en todo esto.

—Tienes razón. —Me pongo la camiseta yo también y me levanto—. Lo siento...

—No, es culpa mía; no estoy acostumbrada a beber —me dice seria.

—Claro. —Poco a poco recobro la lucidez y la miro con rabia por sus palabras—. Yo tampoco me acostaría contigo si no fuera así.

Dulce me mira con dolor, pero ahora mismo la ignoro. No tengo la cabeza para pensar ni para analizar nada.

—Me voy.

—Mejor —le digo, y, cuando coge sus cosas y se va, no la retengo. La deseo como nunca he deseado a nadie. Pese a la cogorza que llevo encima, soy capaz de reconocer esa maldita verdad que me lleva atormentando desde que volví a verla, y eso me enfurece.

* * *

Entro en la comisaría con las gafas de sol puestas. Me duele la cabeza horrores y tengo el estómago revuelto; la mezcla de ayer no me sentó nada bien. No sé con qué cara voy a mirar a Dulce. Tal vez le deba una disculpa, pero sé lo que pasará: ambos actuaremos como si no hubiera pasado nada, como si ayer el alcohol no nos hubiera hecho perder la cabeza.

Cuando se marchó, me fui a la cama y no tardé en dormirme, pero esta mañana, al despertar y recordarlo todo, me he sentido fatal. Mi dolor de cabeza no es comparable al malestar que me ha dejado el recuerdo. No tenía que haberla besado.

—¿Por qué no te quitas las gafas? —me comenta Adair al verme.

—No puedo.

—Vaya, otro igual que Dulce. Vino temprano y también llevaba las gafas. —Adair

me observa y aprieto la mandíbula.

Es su culpa, pienso. Si no hubiera traído esa botella... Si yo no le hubiera dicho que pasara... ¡Maldición!

—¿Ah, sí? ¿Y dónde está? Tendremos que irnos a hacer la ronda...

—Se ha marchado.

—¿No me ha esperado? —pregunto indignado—. Será...

—No, se ha ido del pueblo. Le han propuesto un traslado temporal y lo ha aceptado... No ha dicho cuándo volverá. Lo de Jon ha debido de afectarla mucho; la distancia le vendrá bien para volver con más fuerza.

—Mejor para todos.

—Reconócelo, en el fondo te molesta...

—Lo que me molesta es que no se marchara antes.

Para ser exactos, antes de anoche.

Salgo de la comisaría sin ganas de redactar hoy nada y tratando de convencerme de que esta distancia entre los dos es lo que necesito... Sin embargo, no puedo ignorar la punzada de duda que me agujonea, o al menos que lo hace hasta que recuerdo lo mentirosa que es. Sí, es mejor no olvidar que hace años me engañó como a un imbécil.

CAPÍTULO 2



6 meses más tarde

DULCE

Entro en el hospital a toda prisa y busco la habitación donde me ha dicho Albert que está Bianca. Me hubiera gustado estar a su lado cuando se puso de parto, pero no he podido volver hasta ahora... o tal vez hace tiempo que buscaba una excusa para regresar y por mí misma no era capaz de tomar esa iniciativa.

Cuando me fui, hace seis meses, lo hice creyendo que la distancia me haría ser fuerte y que solo así podría recuperar el control de mi vida. La triste verdad, sin embargo, es que lo vivido el último día aquí sigue vagando en mi mente: las palabras que me dijo Jon, iguales a las de mis otros ex, y la pasión que Ángel despertó en mí con un solo beso.

Sé lo que siento por él y sé que mi desgracia es amarlo. Ser consciente de que él es el único que me hace estremecer como mujer, el único que no me hace sentir miedo con sus caricias... Aquello fue demasiado para mí, pues sé que Ángel y yo no volveremos a estar juntos. Algo se rompió entre nosotros hace años; ni yo confío en él, ni él en mí. Ojalá el corazón entendiera de razones cuando es necesario.

Al día siguiente, cuando me desperté con un intenso dolor de cabeza por la resaca y recordé lo ocurrido, me asusté. No sabía cómo enfrentarme a Ángel. En cuanto me viera, él notaría lo mucho que me afectaba su presencia y mis ojos buscarían sin querer sus labios, ansiando sentirlos una vez más. No tenía fuerzas para enfrentarme a eso. Mi jefe me había recomendado hace tiempo para cubrir una plaza en otra comisaría a una hora de aquí, así que no me lo pensé. Tal vez de haberlo hecho no habría aceptado el traslado; no soy ninguna cobarde, pero en ese momento no era yo misma.

Ahora, sin embargo, ya he vuelto a ser yo y no pienso dejar que la cercanía de Ángel me altere lo más mínimo.

Abro sigilosamente la puerta de la habitación para no molestar y veo a Bianca con un pequeño en los brazos. Está sola y, cuando me escucha entrar, alza la mirada. La felicidad que irradian sus preciosos ojos azules me traspasa.

—¡Dulce! —Me tiende la mano y voy hacia ella—. ¿No es lo más bonito que has visto en tu vida?

Bianca lo inclina hacia mí para enseñármelo y sonrío al ver a un bebé precioso con rasgos de los dos y con una sorprendente mata de pelo negro que lo hace aún más hermoso.

—Albert dice que tiene mis ojos... pero aún es muy pequeño para saberlo —Bianca

sonríe con amor—. Me alegra que hayas vuelto... Porque has vuelto, ¿no?

—Sí, he regresado para quedarme.

Bianca me tiende al pequeño y me dice:

—Ten. Se tiene que ir acostumbrado a su tía.

Yo sonrío y lo cojo con cuidado.

—¿Cómo lo vais a llamar?

—Erik. ¿Te gusta?

—Un nombre precioso.

Le doy un beso al pequeño y Bianca me pide que lo deje en su cunita. Cuando lo hago, me quito la chaqueta que traía. Aunque ya va haciendo mejor tiempo, por las mañanas sigue haciendo frío y he venido muy temprano, entre otras cosas para no encontrarme con nadie... que no quiero ver de momento.

—Te veo distinta... y estás muy guapa.

Me giro hacia Bianca, que está mirando con aprobación mis vaqueros ajustados y mi camiseta con cuello de barco. Durante años, siempre pedía a las jóvenes y no tan jóvenes de mis clases de defensa personal que volvieran a ser ellas mismas, que no se escondieran ni ocultaran su cuerpo tras ropas anchas. Pero no fue hasta que vi como Laia superaba lo que le ocurrió y poco a poco se ponía su ropa de siempre cuando me di cuenta de que yo seguía escondiéndome. Me ha costado mucho volver a ser la joven que era con dieciséis años. Siempre me ha encantado la moda, vestir bien..., pero tenía miedo. Y ese miedo no me dejaba ser yo misma y me hacía comprarme ropa que luego no me ponía y dejaba olvidada en el armario. Hasta que un día me dije: «Ya está bien de esconderte debajo de tus ropas anchas. Tienes que predicar con el ejemplo». Estos seis meses sola, lejos de todo, me han hecho más fuerte en ese sentido. Ya soy capaz de salir a pasear sola, sin miedo a los piropos y a que tras ellos se esconda una mala intención. Soy fuerte y sé defenderme, ya no soy esa jovencita que manipularon... Por suerte, pensar en todo eso, en recuperar mi antiguo yo, me hacía no darles vueltas a otros asuntos.

—No me hacía ningún bien esconderme —explico a mi amiga.

Bianca me sonrío y me tiende su mano para que me siente a su lado en la cama.

—¿Por qué te fuiste? Te hemos echado de menos por aquí... Me hubiera gustado ir a verte más...

—Tranquila, no podías con el bebé.

—Hasta que no lo he tenido conmigo temía que naciera antes de tiempo. Por suerte, ha ido todo bien.

—Es un bebé inquieto, no le gustaría estar dentro de tu tripa.

—Tiene muchas ganas de vivir.

—Entonces en eso se parece a ti.

—¿Estás bien?

Asiento.

—¿Molesto?

Me vuelvo y veo a Jenna en la puerta.

—Tú nunca molestas —le dice Bianca y Jenna entra sonriente y viene hacia mí. Tras darme dos besos se quita la chaqueta y me fijo en que lleva una manchita de pintura azul en la mejilla.

—¿Has vuelto para quedarte?

—Sí.

—Ya era hora —dice sin más con una sonrisa.

—Tienes pintura... —Le señalo la cara y va hacia el aseo.

—Como te comenté por teléfono —comenta Jenna desde allí—, tengo otra exposición dentro de poco y no me da tiempo a acabar algunos cuadros. Robert me ha dicho que me ayuda a pintar. ¡Como si supiera...! —dice sonriente cuando sale del aseo.

—Nora ya no para quieta y eso te quita mucho tiempo de trabajo, por no hablar de preparar tus estudios para entrar en la Facultad de Bellas Artes —comenta Bianca.

—Bah, puedo con todo —dice Jenna decidida y feliz.

En estos meses ha venido varias veces con Robert y Nora a verme y me han puesto al día de todo. Aunque trata de parecer tranquila, está muy nerviosa por la exposición; Robert dice que, pese a que los cuadros están perfectos, ella sigue retocándolos temiendo que no sea así.

—Por cierto, Matt está en la cafetería. Ha venido a verte.

—¿Os habéis caído todos de la cama o qué? —pregunta Bianca divertida y trata de arreglarse el pelo.

—Más o menos... —Jenna sonríe y se acerca a Erik, que está durmiendo en su cunita. Por la expresión de su cara, sé que está cogiendo ideas para dibujarlo.

—Tienes papel allí, por si quieres hacer un boceto.

—Me conocéis demasiado —refunfuña entre dientes y Blanca y yo nos reímos.

—¡Buenos días! —Matt entra en la habitación llevando una bandeja con varios cafés y unas pastas. Al verme, sus preciosos ojos azules se iluminan y deja rápidamente los cafés en la mesa para venir a saludarme con una sonrisa.

—¡Dulce!, me alegra mucho verte —dice dándome dos besos.

—No podía dejar de venir a ver a Erik.

—Lo mismo me ha pasado a mí.

Matt se acerca y da un afectuoso beso y luego un abrazo a Bianca.

—Estás preciosa —le dice cariñoso.

—Tú sí que estás guapo.

Matt se ríe por el comentario de Bianca y se acerca también a la cunita. Bianca tiene razón: Matt está realmente espectacular. Su pelo rubio está pulcramente peinado hacia arriba con un peinado moderno y sofisticado. No me extraña que Robert se pusiera tan celoso cuando Jenna hablaba de su mejor amigo, pero no hay mal que por bien no venga, porque ese fue el detonante para que Robert dejara de poner excusas a lo que sentía por Jenna.

Me vuelvo para coger uno de los cafés que ha traído Matt y una pasta y Jenna hace lo mismo. Al mirarla, veo que lleva ya el boceto muy avanzado.

—Eres una artista.

Alza los hombros y sonrío.

—Hago lo que puedo.

—¿Has terminado mi desnudo de cintura para arriba? Me gustaría verlo —pregunta Matt.

—A Robert no le hace mucha gracia que acabe ese precisamente... —confiesa en voz baja y Matt se ríe.

—Qué celoso. Lo decía en broma —Matt da un cariñoso beso a Jenna y esta le sonrío—. Por cierto, Dulce, te queda muy bien tu cambio de estilo..., demasiado bien, diría yo —me dice con una pícara sonrisa.

Me sonrojo, pero asiento sonriente.

—Gracias.

—De nada —dice guiñándome un ojo—. ¿Sigues sin novio?

—Zalamero —comenta Bianca.

—Sí, pero no eres mi tipo —respondo.

—Lástima. Yo que creía que tenía posibilidades contigo...

Sé que lo dice de broma. No es la primera vez que lo hace, a Matt le gusta mucho bromear con picardía.

Me quedo un rato más hasta que se hace la hora de irme. Todavía tengo que llevar la maleta a mi estudio y luego ir a la comisaría a ver a mi jefe —él ya sabe que volvía hoy y me dijo que me pasara para hablar con él—. De modo que me despido de ellos y voy hacia mi estudio.

Al entrar, me invade el olor a cerrado. «Ya me pondré a limpiarlo después», pienso. Abro una de las ventanas para que se airee y dejo la maleta en el sofá para irme a la comisaría. Al aparcar frente a la puerta, siento un enorme nudo en el estómago, cierro los ojos y tomo aire. No pienso dejar que Ángel note nada. Soy más fuerte que este tonto sentimiento del que no consigo deshacerme...

Tras coger el bolso, cierro el coche y me dirijo al edificio. Cuando entro, siento varias miradas clavadas en mí, aunque estoy tan pendiente de no encontrarme con Ángel que no caigo en por qué me miran así.

—¿Dulce? —Me giro hacia uno de mis sonrientes compañeros y, cuando le veo mirarme de arriba abajo, caigo en la cuenta de cómo voy vestida y cuál es la razón de la tonta expresión de sus caras.

Para ellos siempre he sido Dulce, la fría, el marimacho. Una imagen muy alejada de lo que soy en realidad, pero entiendo que esa sea la impresión que siempre les he dado... hasta ahora.

—Sí, esa soy yo.

—Para que luego digan que eres frígida... A mí no me importaría intentar que dejaras de serlo.

Lo miro seria por su grosero comentario y paso de largo.

—Imbécil —digo lo suficientemente alto para que me escuche.

Cuando llego al despacho de mi jefe, me mira sonriente y me invita a que pase y me sienta frente a él. No tardamos en acordar cuándo empiezo a trabajar y con quién. Afortunadamente para mí, no es con Jon ni con el idiota que me ha hecho el comentario en el pasillo.

—Estás muy guapa. Aunque siempre lo has estado.

—Gracias. Y gracias también por abrirme los ojos con Jon.

—Bueno, no sabía cómo decírtelo y que me creyeras... —comenta cohibido pese a sus cincuenta años—. No me parecía justo.

—No lo era.

—Bueno, pues mañana nos vemos. Me alegra tenerte de nuevo en el equipo.

Sonrío y me levanto para irme.

—Perdona, Alfred... —Ángel no termina la frase, pues mientras yo salía él entraba y me he chocado con su duro y musculoso pecho. Inmediatamente mi mente lo evoca, cómo lo sentía bajo mis dedos, así como su tatuaje. «¡Maldito Ángel!», pienso enfurecida más conmigo misma que con él por desearlo.

—¿Acaso no miras por dónde vas? —comento con rabia apartándome de él, esperando que no note mi sonrojo.

—¿Dulce?

—Sorpresa —le digo con ironía. No alzo los ojos, pues siento el corazón martilleándome con fuerza en el pecho y verle me ha traído el recuerdo de lo feliz que fui con él hace años, y también hace unos meses entre sus brazos.

—Vaya, ¿ahora has decidido parecer una mujer? Aunque lo intentes, sigues siendo el mismo marimacho de siempre..., hay cosas que no se arreglan con una capa de pintura.

—En eso estamos de acuerdo. Tú no tienes arreglo, desde luego, llevas la estupidez pintada en tu fea cara.

Lo empujo para poder pasar y me alejo de él, evitando la tentación de volverme a mirarlo mientras salgo de la comisaría.

CAPÍTULO 3



ÁNGEL

Observo a Dulce salir de la comisaría. Si no llega a abrir la boca, no la habría reconocido. Lleva el pelo rubio claro largo y suelto, cayéndole a capas sobre la espalda, y ha dejado de usar sus ropas anchas y más recatadas. Pero ¿dónde diablos ha estado para venir así? Aprieto los dientes, enfadado conmigo mismo por desearla, porque mi mente me ha traído el recuerdo de sus besos, de su cuerpo entre mis manos...

«¡Basta!», me grito mentalmente.

—Cualquiera diría que has visto un fantasma.

Me vuelvo hacia Adair, que sonrío.

—Casi. Solo que más que un fantasma, esto es una pesadilla.

—Dulce —adivina—. Laia me dijo que iba a volver y, por lo que veo, ya ha estado por aquí.

—Qué listo eres —mascullo entre dientes.

—He quedado con tu hermana para ir a ver a Bianca al hospital, ¿vienes?

Asiento y le digo que me espere un minuto, que voy a hablar unas cosas con el jefe de policía. Cuando salimos de la comisaría podemos percibir que todos se han hecho eco de la noticia del retorno de Dulce y de su nueva indumentaria. A nadie se le ha pasado inadvertido su cambio de *look*, a ellos menos que a nadie: no hay tío que no haya hablado de los atributos de Dulce y de sus curvas impresionantes. ¿Acaso es eso lo que ella pretende? ¿A qué viene este cambio? ¿Se deberá a alguien?

Ni lo sé ni quiero descubrirlo.

Al llegar a la habitación de Bianca y vernos entrar, Laia, que está al lado de Albert, va hacia su novio y le da un beso para luego darme a mí dos.

—¿Qué tal todo? Mamá está desesperada por no saber nada de ti en dos días.

—He estado muy ocupado.

—Llámala —me recomienda.

Hace menos de un mes que me independicé y me fui a vivir solo, y estoy tanto tiempo centrado en mi trabajo o en la comisaría, que se me pasan los días sin hablar con mi familia. Tengo que tratar de llamarlos más a menudo.

Me acerco a Bianca y le doy un pequeño regalo que le he comprado al niño, que ahora está en los brazos de su padre. Albert lo mira serio, pero si te fijas bien puedes ver

tras sus ojos oscuros el amor que siente por su pequeño.

—Se te va a caer la baba —bromeo y me mira sonriente.

—¿Quieres cogerlo? Así vas haciendo prácticas para cuando sientes la cabeza — ironiza.

—Ese día no llegará, pero sí, déjame tenerlo un rato.

Cojo al bebé con cuidado y, cuando lo veo tan frágil e indefenso entre mis brazos, tengo miedo de hacerle daño. Me parece increíble todo esto. Yo nunca me he planteado ser padre... bueno, eso quiero pensar, pues mi mente no tarda en recordarme los meses que pasé al lado de Dulce y cómo en ocasiones, tumbados en la playa por la noche, hablábamos sobre el futuro. Nos imaginaba juntos..., estúpido de mí.

—Es precioso. —Se lo tiendo a Bianca y me voy hacia la ventana.

Estoy inquieto desde que he visto a Dulce; ya tenía controlada la situación con ella cuando vivía aquí... o al menos hasta antes de besarnos. ¿Por qué diablos tuvo que traer bebida? ¿Por qué le dije que pasara? Nunca pensé que me arrepentiría tanto de algo como de esa noche. Si no hubiera sucedido, sus besos no me perseguirían desde entonces.

—Buenas tardes. —Me giro y veo entrar a Robert con un precioso ramo de flores para Bianca—. Esto hay que celebrarlo cuando salgáis de aquí.

—¿Y piensas encargarte tú?

Robert se ríe y mira a Albert.

—Pues claro, soy el padrino.

Albert solo le sonrío y no dice nada. Todos sabíamos que Bianca quería que Jenna y Robert fueran los padrinos de su hijo, al igual que ellos lo son de Nora.

—¿Y la pequeña? —pregunto.

—En casa de los padres de Jenna. Es la única forma de que Jenna pinte; además, sus padres están encantados con la niña.

No tardamos mucho en despedirnos de los nuevos papás y nos vamos cada uno a nuestras respectivas casas.

Estoy sacando las llaves de mi pequeño estudio cuando escucho una puerta cerrarse detrás de mí. Al girarme y ver quién está saliendo del estudio que hay al lado del mío, aprieto la mandíbula fastidiado.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —pregunto a Dulce, que está mirando como abro la puerta de mi casa.

—Te iba a preguntar a ti lo mismo.

—Creo que es bastante evidente —comento con una sonrisa irónica.

—¿Qué haces viviendo en este edificio?

—Me he independizado.

—¿Y ha tenido que ser precisamente a mi lado? —Dulce me mira seria y con los ojos

violetas encendidos.

—Sinceramente, no sabía que volverías, esperaba que no lo hicieras y, por supuesto, no tenía ni idea de que tu estudio y el mío estuvieran tan cerca.

—¿No te lo ha dicho tu hermana?

—No he invitado a nadie aún..., solo llevo unas semanas. Y además, ¿a ti que te importa?

—¿A mí? Nada en absoluto, haré como si no existieses.

—Que es algo que hacemos ambos muy a menudo. Buenas noches.

—Lo serán para ti.

Dulce empieza a bajar las escaleras pisando con fuerza. Me apoyo en la puerta enfadado con el destino. ¿Por qué diablos ha tenido Dulce que volver? Ojalá se hubiera quedado donde estaba y ojalá dejara de sentir lo que siento por ella. No entiendo por qué no consigo olvidarla y es precisamente por eso por lo que la odio tanto. Ella no se merece nada de lo que yo sentí en su día por ella.

DULCE

Vuelvo a mi casa tras comprarme algo para cenar y, cuando abro la puerta, miro la del estudio de Ángel. ¿Pero qué broma es esta? Cierro la puerta dando un portazo. Pese al paseo, el enfado y el malestar no se me han pasado. Mi mente no ha parado de pensar en Ángel teniéndolo tan cerca... y en las chicas que traerá a su casa. No voy a poder soportar escucharlo... con ellas.

Maldito Ángel. Si no hubiera visto su cara de disgusto, habría creído que se ha mudado aquí expresamente para amargarme la existencia.

* * *

No he podido dormir pensando que mi habitación está pared con pared con la de Ángel. En su casa no se escuchaba nada, pero solo el saber que estaba al otro lado ha sido suficiente para tenerme toda la noche en vela.

Llego a la comisaría para empezar mi jornada con las gafas puestas —aunque me he maquillado, temo que las ojeras por la falta de sueño sean visibles.

—Me alegra que hayas vuelto —Adair me saluda nada más entrar y le sonrío.

—¿Lo sabes ya? —le digo sonriente.

—¿Que has aprobado el examen para detective y trabajaremos juntos? Sí.

—No os quería decir nada hasta no aprobar..., estaba nerviosa y pensaba que no lo conseguiría.

—De haberlo sabido, no habría dudado de que lo lograrías. —Le sonrío con calidez por su cariño y confianza hacia mí—. Vaya, otro que trae gafas, ¿se ha puesto de moda?

Miro de reojo a Ángel, que acaba de entrar, con un semblante serio tras sus gafas. Me

quito las mías y las guardo solo para no ser como él.

—Bien, ahora que estamos todos, podemos irnos —dice Adair. No puedo evitar fruncir el ceño, pues me acabo de enterar de que Ángel va con Adair para escribir sus artículos.

—¿Podemos? —pregunta Ángel serio—. Ella no es...

—Sí, ahora es detective y volvemos a formar equipo. —Adair sonrío a Ángel—. ¿A que es una buena noticia? —le pregunta, sabiendo que Ángel, al igual que yo, piensa justo lo contrario.

—¡Fabulosa! —decimos los dos a la vez, cosa que nos enfurece aún más.

—Vaya, vaya... Ya sabía yo que lo de que Dulce había venido vestida con ropas de mujer era mentira.

Miro a Jon con rabia.

—No acostumbro a trabajar en minifalda —le respondo seria.

—Ni tampoco te las pones luego. No eres más que una estrecha...

Me abalanzo sobre él y le hago una llave, tumbándolo en el suelo bajo mi rodilla.

—Gracias a Dios que fui una estrecha contigo. Si no, tendría pesadillas del recuerdo de tus asquerosas manos tocando mi cuerpo. —Me levanto y voy hacia donde están Adair y Ángel—. Podemos irnos.

—No esperaba menos de ti —comenta con orgullo Adair.

Salimos los tres de la comisaría y trato de que no noten cómo tiemblo por lo que acabo de hacer. No tenía intención de atacarlo, pero cuando me habló de esa forma no pude evitarlo. ¿Cómo pudo mentirme de esa manera? «Por culpa de imbéciles como él y como el que tengo a pocos pasos —pienso mirando a Ángel—, me cuesta mucho creer en el amor».

—La verdad es que Jon nos tenía a todos muy engañados... Nunca pensé que fuera así —comenta Adair cuando entra en el coche, en el asiento del conductor.

—Sí, a todos.

Me siento detrás para que vayan los dos delante. Ángel no comenta nada mordaz teniendo la oportunidad, cosa que me sorprende. En vez de eso, está mirando por la ventana muy serio.

—¿Se puede saber qué piensas? —le agujoneo.

Me mira por el retrovisor; sus ojos verdes se cruzan con los míos.

—En que no es el único mentiroso que hay por aquí.

—¿Qué insinúas? —le pregunto enfadada.

—¿Yo? Nada —responde haciéndose el ofendido.

—No trates de hacerte el mártir...

—Dios me libre.

—Parad los dos —nos reprende Adair—. Dulce, en la carpeta que está a tu lado tienes los datos del caso que estamos llevando.

La cojo para ojearla mientras llegamos a la zona adinerada del pueblo, donde están las impresionantes mansiones y el castillo de Liam. Tenemos que investigar el robo de unas joyas. Me detengo en los datos de la demandante. Me suena ese nombre, enseguida sé de qué y miro las pruebas desde otra perspectiva.

Cuando llegamos, la marquesa, que ha enviudado hace poco, nos saluda y nos hace pasar a una de las salitas. Observo todo con detenimiento y escucho lo que le dice a Adair. Ángel está a un lado y por su mirada sé que, al igual que yo, no pierde detalle de lo sucedido. Cuando nos lleva a la caja fuerte de donde sustrajeron sus joyas, me fijo en las marcas de la palanca que utilizaron para abrirla; Ángel hace lo mismo a continuación, y estudia la caja con el morro torcido.

—Eran unas joyas tan queridas para mí... y tan importantes para la familia...

—¿Estaban aseguradas? —le pregunto sin dejar de mirar la caja fuerte mientras Ángel le hace unas fotos.

—Sí.

—¿Por cuánto dinero? —Me giro y la miro.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Solo es una pregunta más —le digo seria.

—¿Qué insinúa, joven?

—Nada, solo estoy tratando de averiguar quién robó las joyas. Al fin y al cabo, es por eso por lo que estamos aquí, ¿no?

La mujer asiente y sigo examinando las pruebas como si nada. Adair me tiende varias fotos de la marquesa con las joyas puestas.

—Deben de ser muy caras, casi tanto como esta casa...

—¡Dulce! —me reprende Adair, que ha empezado a pillar por dónde voy.

—¿No estará insinuando que yo misma he planeado todo esto?

—No lo sé, dígamelo usted. Yo solo sé que se rumorea que su marido estaba endeudado y que usted ha heredado todas las deudas tras su muerte.

—Eso no lo sabe...

—Sí lo sé. Y si es mentira, niéguelo.

—¡Es mentira!

—Bien, en ese caso, no le importará que solicitemos un registro de su casa para desechar la hipótesis de que usted trata de estafar al seguro —comenta Adair.

La marquesa se tensa y me mira con rabia. No hace falta preguntar más para saber que hemos dado en el clavo.

Adair coge el móvil y llama al cuartel para comentarles la situación. Mientras tanto,

le digo a la marquesa:

—Lo siento, señora, pero es mi deber informarle de que hasta que esto no se solucione, está usted en detención preventiva.

—¡Esto es un ultraje!

La marquesa intenta salir corriendo de la habitación pero Adair, más rápido, la coge.

—¡Maldita bruja! —dice mirándome.

No comento nada y veo como Adair se la lleva.

—¿Dónde has escuchado ese rumor? —me pregunta Ángel intrigado.

—No lo recuerdo —le miento.

Vamos hacia donde está Adair, al que encontramos con la marquesa en el salón. Poco después aparece otro coche de policía, del que se baja un compañero con una orden para registrar la casa. Tras varias horas de registro exhaustivo, encontramos las joyas escondidas dentro de una pequeña caja fuerte que hay detrás de un cuadro del cuarto de los niños. Con estas pruebas, la marquesa pasa a disposición judicial.

—Eres la mejor. —Adair me da un pequeño beso en la frente y me mira con cariño—. Juntos somos un gran equipo.

—Si mi hermana viera esto, se pondría celosa.

—No lo creo. Ella confía en mí y sabe lo que siento por ella.

—Si tú lo dices... —masculla Ángel.

—A ver si el celoso vas a ser tú —le reta Adair.

—¡Ni en sueños! Me voy, que tengo mucho trabajo.

—Si quieres te llev... —empieza a decir Adair, pero le corta un malhumorado Ángel.

—No, ya he cubierto mi cupo por hoy de soportar a según qué personas.

Me quedo en la puerta de la mansión, observando enfadada como Ángel se va andando calle abajo.

—Vamos, te invito a tomar algo. Ya va siendo hora de que me cuentes ciertas cosas. Si vamos a trabajar juntos y Ángel va a venir con nosotros, es mejor que sepa qué pasó entre los dos.

—No hay nada que contar —le digo flojito entre dientes.

—Vamos —me dice y lo sigo. Cuando entramos en el coche patrulla, Adair llama a Laia y esta le dice que está yendo para su casa.

—No voy a hablar de nada —le digo seria y Adair me mira, pero finalmente asiente, sabiendo que no voy a contarle nada de lo que pasó entre Ángel y yo—. Trataré de limitar mis pullas con él.

—Lo que tú digas..., pero este caso tenemos que celebrarlo.

ÁNGEL

Han pasado dos semanas desde que Dulce volvió. Sigo yendo con ellos viendo cómo resuelven los diferentes casos para documentarlos. He de reconocer que Dulce es muy competente en su trabajo y, por el bien de este, ambos hemos decidido ignorarnos para no entorpecerlo, pero fuera de la comisaría evitamos vernos. Si sabemos que el otro va a estar cuando quedan nuestros amigos, ponemos alguna excusa para no ir.

Termino de arreglarme para salir a tomar algo con ellos en el pub, pues hoy las chicas están en casa de Robert y Jenna, que viven juntos desde hace tiempo, casi desde que empezaron.

Cuando llego al pub, veo a Adair y a Robert en una mesa al fondo del local y me acerco para sentarme con ellos tras pedirme una cerveza.

—He leído tu artículo de hoy, es muy bueno.

—Gracias —digo sonriendo a Robert por su comentario.

Nos pedimos algunas copas y hablamos de temas varios. Al poco llega Matt y nos invita a una ronda. Aunque le conocemos poco, se ha integrado muy bien con nosotros.

—Vaya, al final han decidido salir —comenta Adair mirando hacia la pista de baile. —Sigo su mirada y descubro a Laia bailando con Jenna. Por desgracia, Dulce está un poco más separada sonriéndoles con una copa en la mano—. Laia me dijo que lo mismo salían un rato —continúa Adair mirándome sonriente. Mi felicidad, sin embargo, acaba de esfumarse de golpe.

—¿No podías habérmelo dicho antes?

—¿Y perderme tu cara de pocos amigos?

—No sé cómo puedo ser amigo de un tocanarices como tú.

Adair se encoge de hombros y se va con Robert hacia la pista. No tardan en llegar a ellas y darles un beso, pero enseguida las dejan solas para que sigan a su ritmo.

—Lo siento, no puedo permitir que cierta rubia esté sin bailar. Ahora vengo —comenta Matt cuando mis amigos regresan, y se va sin más a por la rubia de marras, o mejor dicho, a por Dulce.

Cuando llega a su lado, le veo decirle algo al oído y esta niega con la cabeza, pero al final acaba en la pista con Matt. La veo sonreírle y, por un momento, mi mente evoca el primer día que la vi.

* * *

Yo estaba aburrido en la discoteca del pueblo al que fui a estudiar idiomas en los meses de verano. Había ido allí con unos compañeros pero el calor era asfixiante. Estaba a punto de irme cuando me fijé en alguien que miraba desde fuera la discoteca —como era una discoteca de verano y no tenía paredes, desde dentro se podía ver la playa—. Llevaba un pantalón ancho y una camisa igual de ancha, pero el anhelo que vi en sus ojos al mirar la pista de baile me llamó la atención. Me pregunté por qué no entraba y al final, viendo que no lo hacía, me encaminé hacia ella, curioso.

—¿No es de tu agrado la discoteca? He de reconocer que hace un calor

insoponible...

La joven me miró con unos intensos y enormes ojos violetas y, tras sonreírme, negó con la cabeza.

—No me dejan pasar, solo tengo diecisiete años.

—Ya tendrás tiempo.

—Supongo, aunque tampoco es que me apetezca mucho. —Pero sus ojos fueron hacia la pista de baile, traicionándola y mostrando algo bien distinto a lo que habían asegurado sus palabras.

—Si vas con acompañante no creo que te digan nada.

—No.

Su forma de negarlo y el paso que dio hacia atrás me alertaron e intrigaron a la vez.

—No voy a hacerte nada —le dije sonriendo—. Solo he sentido curiosidad por lo que hacías aquí fuera en vez de pasar adentro.

—Tienes una mente curiosa entonces.

—Sí, por eso un día seré periodista.

—¿En serio? —Asentí—. Yo aún no sé qué quiero estudiar...

—Yo estoy ahora estudiando idiomas. En una academia no muy lejos de aquí.

—He oído hablar de ella. Dicen que son muy exigentes.

—Si quiero ser un buen periodista, no puedo dejar que las lenguas sean un obstáculo. —Ella me sonrió y me sorprendí mirando sus labios—. Mi nombre es Ángel.

—Dulce.

—Encaja contigo.

—¿El nombre? —Asentí, ella alzó los hombros—. Lo llevo por mi abuela. Ella lo eligió para mí cuando nací.

—Es bonito...

—Sí, y la excusa perfecta para que la gente te pregunte si eres igual de dulce que él.

Me reí y ella me miró curiosa.

—¿Lo eres? —le pregunté divertido. Estaba disfrutando mucho de nuestra conversación y no sabía cómo hacer para alargarla como fuera.

—Eso... tendrás que descubrirlo.

Seguimos hablando como si fuéramos viejos amigos y casi sin darnos cuenta se nos hizo de día. Cuando Dulce tuvo que irse, le pedí volver a vernos y, tras sonreírme, me dijo que sí. Ese fue el primer día de un largo verano juntos. Pero todo acabó cuando descubrí la verdad: que había estado con otro a la vez que conmigo.

DULCE

Sonrío a Matt mientras nos movemos al ritmo de la música. No he podido decirle que no cuando me pidió bailar. Me acerca a él de broma y su sonrisa pícara me hace reír.

—Eres un donjuán.

—Eso dicen todas. No tenías buena cara cuando viniste —me dice al oído—. ¿Todo va bien?

—No me apetecía mucho estar aquí...

—¿Porque está Ángel?

Me detengo.

—No...

—Os he visto evitaros este tiempo.

—Yo no lo evito.

—¿Entonces es una casualidad que cada vez que quedamos, si él viene, tú no, y viceversa?

—Lo veo casi todos los días en mi trabajo; con eso tengo más que suficiente —digo entre dientes.

—Tú sola te delatas. —Aparto la mirada y empiezo a irme pero Matt me toma de la mano—. No te lo dije para ofenderte...

Le sonrío y asiento. Él no tiene la culpa de lo que yo siento por Ángel. Mi mirada lo busca sin querer y lo veo al lado de una joven rubia que no para de tocarle el pecho mientras hablan. Siento celos..., a veces me pregunto por qué no puedo dejar de sentirlos, qué pecado tan grave he cometido en esta vida para no poder deshacerme de este sentimiento.

Aparto la mirada con rabia y voy a la barra a pedirme algo.

—Espera. —Matt me acerca a él—. Ángel estaba mirándote de reojo. No le des motivos para que piense que te incomoda.

—Nunca pensaría algo así... y a mí no me incomoda.

Pero por si acaso Matt tiene razón, sigo con él en la pista y bailamos un par de canciones más.

—¿Te apetece dar un paseo?

—No pienso enrollarme contigo.

Matt se desternilla de risa; yo, en cambio, no le veo la gracia.

—Te aseguro que, de surgir, no me importaría, eres muy guapa, pero no era eso lo que tenía en mente. Solo quería hablar.

—Perdona, creí que...

—No pasa nada.

Miro a mis amigas y las veo divirtiéndose en la pista, aunque de reojo miran a sus parejas y sé que no tardarán mucho en reunirse con ellos.

—Vale, acepto el paseo.

Nos despedimos de ellas y nos vamos de la discoteca. Además, las miradas de algunos jóvenes me estaban poniendo nerviosa. «Debo acostumbrarme a que me miren», me recuerdo, pero con cada mirada de deseo dirigida hacia mí, creo que van a saltarme al cuello. No sé cómo puedo ayudar a un grupo de mujeres a superar sus violaciones si yo sigo teniendo miedo por lo que me pasó hace años...

ÁNGEL

Observo a Dulce salir de la discoteca con Matt y, sin poder evitarlo, cierro el puño en torno a mi bebida.

—No me apetece ir a urgencias si te cortas —me dice Adair quitándome el vaso de la mano.

Lo miro serio, pero Adair tiene el acierto de no comentar nada más. Me enfurecen estos tontos celos cada vez que alguien se acerca a Dulce. Odio tener el deseo de ir hacia ella y apartarla de todo aquel que se le acerque y reclamarla como mía. ¡Maldita Dulce!

Miro a la joven que tengo al lado. Es muy bonita y, solo porque necesito demostrarme a mí mismo que Dulce no me importa nada desde hace años, bajo mis labios hasta los suyos, que llevan tiempo reclamando mi atención. Mi vida sigue y debería haberme hecho ya a la idea de que junto a Dulce es imposible.

DULCE

—¿Qué pasó entre tú y Ángel?

—No eres el primero que me hace esa pregunta... y no quiero responder. No me apetece hablar de él.

—Está bien.

Seguimos caminando en silencio hasta que me paro. De todos, Matt es el que menos me juzgaría, pues Ángel no es tan íntimo amigo suyo como lo es de los demás.

—Ángel y yo fuimos novios... hace cinco años —confieso.

—Imaginaba algo así. —Matt empieza a andar otra vez, y yo a su lado.

—Me traicionó. Un día se largó sin más, sin darme ninguna explicación. —Sé que es una verdad a medias, pero nunca he hablado de lo que pasó la última noche que estuvimos juntos—. Un mes más tarde lo vi enrollándose con mi hermana pequeña... Me destrozó, pues en el fondo esperaba que volviera... No fue más que un cerdo mentiroso... ¡Es como todos los tíos! —digo furiosa.

—Todos menos yo —comenta Matt sonriente—. Debió de ser duro para ti que se fuera así y verlo luego con tu hermana.

Aparto la mirada, pues pese a los años que han pasado de aquello, el dolor que sentí aquel día sigue encallado en mi pecho, impidiéndome olvidar el daño que me causó.

—Lo superé.

—¿Y cuándo volvisteis a veros?

—Adair me presentó a sus amigos como novia suya... y entre esos amigos estaba Ángel.

—¿Fuiste novia de Adair?

—Sí... aunque en realidad solo éramos amigos que se besaban de vez en cuando. Al final nos dimos cuenta de que lo único que ambos intentábamos era buscar una salida a nuestro sufrimiento personal. —Matt asiente reflexivo, pues conoce la historia de Adair y Laia—. La gente piensa que un clavo saca otro clavo..., pero yo no lo veo así. Yo no lo he conseguido... y por eso odio tanto a Ángel. ¿Cómo puedo sentir algo por alguien que me hizo tanto daño?

Me sorprende al darme cuenta de que sin querer le he contado a Matt gran parte de lo que me atormenta y le he confesado que sigo amando a Ángel.

—Te comprendo perfectamente. Y tampoco yo lo entiendo.

Por la forma en que lo dice, deduzco que a él le ha pasado, o le está pasando, algo parecido.

—¿Y a ti qué te ha ocurrido?

—Tal vez otro día te lo cuente, esta noche estoy aquí para escucharte a ti.

Miro con calidez los preciosos ojos azules de Matt: es fácil perderse en ellos, y comprendo perfectamente por qué Bianca y Jenna lo quieren tanto.

—No puedes evitar ayudar a los débiles.

—Me parece que Jenna o Bianca se han ido de la lengua —lo dice sonriente, no le molesta que sus amigas hayan hablado de eso conmigo.

—Una de las dos.

—Es mi debilidad.

Seguimos andando y veo que nuestros pasos nos han llevado a mi casa.

—¿Te apetece tomar algo? Tengo... bueno, no sé si tengo algo de alcohol, pero hay chocolate...

—Me parece bien.

Entramos en el portal y, cuando le dejo pasar a mi estudio y cierro la puerta, me pregunto por qué he invitado a Matt.

—No quieres estar sola.

Lo miro un segundo, sorprendida de que él haya sabido ver mejor que yo el motivo de mi invitación.

—Estoy bien —miento, pues hablar de lo que vivimos Ángel y yo me ha traído

muchos recuerdos.

Le digo a Matt lo que tengo para beber y decide tomar un refresco. Yo, desde la noche que casi me acosté con Ángel, no he probado el alcohol. Aquella noche el *whisky* borró todas mis razones para no ceder a la tentación de sus besos.

Matt se sienta y yo a su lado. Nos quedamos en silencio mirando la tele, hasta que me decido a hablar.

—Es la primera vez que invito a un chico a mi estudio.

—¿A Jon no lo invitaste?

Niego con la cabeza. Temiendo que pregunte por qué, cambio de tema.

—¿Qué tal las cosas con tu padre?

Matt me mira sabiendo que he desviado la conversación a propósito, pero no comenta nada.

—Como siempre. Necesitaba estos días para distanciarme de todo. Si Bianca no se hubiera puesto de parto, tal vez habría venido simplemente porque sí.

—Te comprendo. Si necesitas hablar...

—Esta es tu noche —me recuerda.

Le sonrío, o al menos lo hago hasta que los gemidos y el ruido del piso de al lado, más concretamente del cuarto de Ángel, penetran en nuestros oídos. Me impacta tanto que el vaso que tengo en las manos se me cae, derramándose toda la bebida por el sofá.

—¿Dulce?

—Estoy bien —miento mientras lo recojo y trato de tragarme el nudo de dolor que siento al saber que Ángel está besando y amando a otra... Es la primera vez desde que somos vecinos que soy testigo de una escena así.

—¡Dios mío, Dulce, no me hagas eso!

Miro a Matt, que está gritando junto a mi cama y moviéndola como un poseso adelante y atrás. ¿Se ha vuelto loco? Me sonrío mientras me indica con gestos que me acerque.

—Que no crea que solo se lo pasa bien él —me dice muy bajito mientras voy a su lado.

—¿Estás loco? —susurro.

—Un poco —me dice flojo—. Venga, ¿qué me dirías?

Me sonrojo y niego con la cabeza. ¿Podré seguir con esta farsa? Al pensar en demostrar a Ángel que lo tengo más que olvidado, no dudo. Estoy cansada de sufrir por él y no quiero que lo sepa.

—¡Dios, Matt, estás más bueno de lo que pensaba!

Matt se aguanta la risa y yo le tiro un cojín de mi cama mientras le ayudo a moverla para que choque contra la pared.

—¡Eres una gata salvaje! —grita.

Me sonrojo y Matt se ríe por lo bajo de mi reacción.

—Para que luego digan que soy frígida.

Matt me sonrío.

—Vamos, di algo más —me anima en voz baja.

—Yo no... Quiero decir... que yo...

Matt me mira serio y luego asiente.

—¡Pero por Dios, quién te ha enseñado a hacer esto!

Me llevo la mano a la boca, para no reírme muy fuerte.

—Matt, no dejes de besarme.

—Nunca, princesa.

Seguimos interpretando hasta que Matt concluye la actuación. Aguantándose la risa, se sienta en la cama y me mira divertido.

—Gracias. —Me siento a su lado y le tomo la mano—. Aunque sea de mentira, me has hecho sentir que no soy tan frígida.

—De nada. Y no creo que seas frígida, solo que no te acostarías con cualquiera, y eso es bueno, Dulce. No te sientas mal por no ser como el resto.

Nos quedamos mirándonos y absorbo su calidez.

—Me parece que me toca dormir en el sofá si queremos darle credibilidad a la historia.

—Ángel se lo dirá a sus amigos.

—A mí no me importa..., ¿a ti?

Lo pienso un momento.

—No. En el fondo quiero que sepa que mi mundo no gira a su alrededor.

—Aunque no sea así —afirma.

—Sí.

Miro hacia el cuarto de Ángel. Los ruidos han cesado, pero no dejo de pensar en ellos dos y en que ahora estarán durmiendo abrazados. Yo solo he dormido con Ángel. Cuando estuvimos juntos, no queríamos separarnos en la medida de lo posible y, como mis padres no decían nada, muchas noches las pasaba con él, en su habitación alquilada. Nunca pasó nada entre nosotros, salvo besos..., pero me gustaba mucho dormirme en sus brazos. Lo peor de todo fue que la seguridad que me proporcionaban sus brazos y su cercanía no he vuelto a encontrarla después. Y eso me revienta. Y más aún el dolor que siento al saber que ahora mismo otra está durmiendo entre ellos.

Se me llenan los ojos de lágrimas, pero las reprimo.

—¿Te apetece algo de beber?

Me acuerdo de la bebida que he tirado en el sofá y voy a por unos paños. Mientras lo limpio, Matt se encarga de preparar otro refresco. Después de hablar un poco, preparamos el sofá para que duerma Matt. Por suerte es un sofá cama. Lo compré así por si mi familia venía a visitarme, pero nunca han venido; Matt es el primero en usarlo. Cuando me meto en la cama y me refugio bajo la fina colcha, mi mente traicionera me evoca imágenes de Ángel con su nuevo ligue. Sin poder evitarlo, los ojos se me humedecen y acabo llorando en silencio, hasta que finalmente me quedo dormida, con los ojos llenos de lágrimas y el corazón encogido.

CAPÍTULO 4



ÁNGEL

Me preparo un café y miro molesto la cama donde anoche dejé que la pasión y la rabia por mis celos descontrolados me cegaran. No me puedo creer que Dulce y Matt hayan intimado, pero que se fueran juntos y luego lo que escuché... ¡Maldita sea! Me debería dar igual..., pero no me da. Y lo peor de todo es que, como siempre me sucede cuando estoy con alguien íntimamente, me siento insatisfecho y mal. La joven con la que estuve ayer era espectacular... y, a pesar de ello, sus besos no me llenaron ni la mitad de lo que me llenan los de Dulce. Cómo la odio. La odio porque no soy capaz de extirpar de mí este sentimiento. Y cuando se marchó de madrugada no la retuve. Quería estar solo con mis tormentosos pensamientos y no soporto dormir al lado de nadie; no desde que lo dejamos Dulce y yo... ¡Dios, cómo la odio!

No quiero ver a Dulce, no quiero seguirla con los ojos, no quiero sentir celos cuando esté con otro ni recordar aquella época en la que me hizo sentir el hombre más feliz del mundo... ¿Tan difícil es de entender que quiera seguir mi vida sin ella? Soy débil, pues no encuentro explicación para este apego.

Me visto con un chándal y me preparo para ir a correr. Necesito despejarme y, sobre todo, olvidarme de que a unos pasos está Dulce con Matt.

Al abrir la puerta de mi casa siento que se abre otra y, al salir, veo a Matt en el rellano con cara sonriente. Si no tuviera que guardar las formas para no delatarme, le golpearía... y claro, si no me cayera bien.

—Buenos días.

—Perfectos —respondo seco y, tras cerrar la puerta, bajo deprisa por las escaleras para no tener que conversar más de lo necesario, pues ahora mismo no sé si podré controlarme ante él.

* * *

Cojo una cerveza del frigorífico de Robert. He venido a su casa para ayudarlo con la barbacoa. Bianca se encuentra mejor y ha querido celebrar el nacimiento de su ahijado de esta manera.

—No tienes buena cara. ¿La joven de ayer no estuvo bien?

—Vete a la mierda.

—Huy, entonces la cosa está peor de lo que creía —comenta Robert tocándome las narices.

—Estoy perfecto, genial, maravilloso, no podría estar mejor...

Y tras decir esto me voy a buscar a Nora, que está con Adair en el salón haciéndolo correr de un lado a otro.

—¡Hola, princesa! Tú eres la única mujer que merece la pena.

Nora me abraza cuando la tomo en brazos y me estampa un sonoro beso en la mejilla.

—¡Tío «Age»!

Me río por su forma de llamarme y le doy un beso, aspirando su olor característico a bebé.

—Te sienta bien estar con los niños —señala Adair.

—Te equivocas. No me veo siendo padre en un futuro.

—Claro, para eso tendrías que sentar la cabeza y tener una novia formal... y eso nunca ha ido contigo.

—Nunca —convengo molesto porque parece que lo hace a propósito sin saberlo, pues desde que estuve con Dulce nunca he tenido una relación seria—. No estoy hecho para eso —miento, pero es mejor mentir que reconocer que, por más que busco, no encuentro la adecuada... o, mejor dicho, alguien que por fin me haga olvidar a Dulce y dejar de compararla con todas.

—Por cierto, luego vendrá Dulce, lo sabes, ¿no?

—No puedo eludir esta invitación, tendré que soportarla. Aunque lo mismo está muy ocupada con su nuevo ligue...

—¿Matt? —me pregunta Adair, pues él también les vio irse juntos de la discoteca.

—Han pasado la noche juntos. No sé qué le ven a esa arpía.

—¿Han pasado la noche juntos? —me pregunta Adair extrañado.

—Sí. Ya ves, solo era frígida con Jon.

Adair me mira serio y me voy con Nora en los brazos a la cocina. Robert me mira sonriente.

—¿Dulce ha pasado la noche con Matt? Qué bien, ¿no?

—Sí —digo sin más.

Salgo al jardín trasero con la pequeña tras ponerle una chaquetilla, huyendo de sus comentarios. No tenía que haberle dicho nada a Adair, ha dado la sensación de que me importa.

Al poco rato llegan las chicas, todas menos Dulce. Bianca ha traído a su recién nacido y lo ha dejado en el salón, y me acerco a verlo. Me parece increíble lo pequeño que es. Acaricio su mejilla y veo a Nora a mi lado tratando de asomarse, por lo que la alzo para que vea al pequeño.

—Bebé... —Nora acerca su manita y con cuidado le dejo que toque el bracito del pequeño.

Cuando la dejo en el suelo, sale corriendo y riendo hacia Jenna.

—¡Mamá! He tocado al bebé. —Jenna se ríe y le da un beso antes de ir a la cocina con Nora siguiéndole los pasos.

Rodeado de este ambiente familiar, me parece increíble cómo ha pasado el tiempo. Conozco a Robert y a Adair desde que éramos unos críos y esto siempre me parecía tan lejano que ahora, viendo cómo nos ha cambiado la vida, me doy cuenta de que el tiempo pasa demasiado rápido.

—¡Ángel, ayúdame con esto!

Voy hacia la barbacoa para echar una mano a Robert. Una vez que conseguimos encender las brasas, vamos echando la carne en la parrilla.

—Hola. Sentimos el retraso —comenta Matt cuando entra con Dulce. Esta evita mi mirada y la veo apretar los dientes molesta.

—Es lo que tiene pasarse la noche... haciendo ejercicio —digo incapaz de morderme la lengua.

—Lo sabes por experiencia, ¿no? —me espeta Dulce, sonriente.

—Por supuesto.

Me giro hacia Robert y los ignoro; que hagan lo que les dé la gana.

—Dulce..., creo que..., ven —dice Laia con poco disimulo.

Miro de reojo y veo que las chicas se van hacia dentro y Nora corre detrás de ellas hasta que la cogen en brazos. «De mayor va a ser una pequeña maruja», pienso riéndome para mis adentros, pero es lo único que me divierte, pues saber que van a hablar de Matt y de lo bueno que es o deja de ser en la cama no me hace especialmente gracia.

—Si sigues estrujando eso, no podremos cocinarlo —comenta Adair quitándome la carne de la mano.

—¿No te gusta picada?

—A mí me encanta —comenta Matt a mi lado ganándose una mirada de reproche—. ¿Algo te molesta?

—No —digo con una sonrisa—. No tienes muy buen gusto.

—Entonces tú tampoco.

«Lo sabe, sabe lo mío con Dulce».

—Yo supe rectificar a tiempo.

—Yo que tú, iría a que me miraran la vista —me reta Matt divertido. ¿Divertido? No pienso ser su entretenimiento. ¿Qué le ha contado Dulce de nosotros? ¿Tanta confianza tienen? Malditos sean los dos.

—Me voy a comprar cervezas.

—Hay suficientes —me dice Robert.

—No, no las hay. —Y me voy sin que nadie diga nada más, pues todos saben que no es más que una excusa para salir de aquí.

DULCE

Nada más cerrar la puerta de la habitación que Jenna ha habilitado como estudio de pintura, me miran serias.

—¿Te has acostado con Matt? —me pregunta Laia.

—¡No! Pero... Ángel cree que sí —les digo incapaz de mentirles.

—Dulce, creo que ya es hora de que sepamos qué diablos pasó entre tú y Ángel —exige Bianca.

Miro a Laia y esta me mira con cariño.

—Es mi hermano, pero soy tu amiga. Lo que me digas lo aceptaré y no le contaré nada, de verdad.

Me quedo pensando y Jenna coge a Nora para llevársela afuera.

—Es mejor que la pequeña no escuche según qué cosas —nos dice sonriente, pero al abrir la puerta, Robert está tras ella. Han tenido el mismo pensamiento.

Después de pasársela a Robert y despedirse de la niña con un ligero beso, Jenna cierra la puerta y se me queda mirando, como lo están haciendo Laia y Bianca.

—No sé si... No quiero que cambie la imagen que tenéis de Ángel.

Y es la verdad. Pese a todo lo que ocurrió y lo mucho que lo odio, no deseo que los amigos de Ángel dejen de quererle tras saber la verdad...

—¿Tan grave fue? —me pregunta seria Laia.

Enseguida me siento fatal y niego con la cabeza.

—Es mejor dejar las cosas como están. —Empiezo a irme, pero Laia me coge del brazo.

—No saldrá nada de aquí. Eres nuestra amiga y siempre te vemos sufrir cuando tienes a Ángel cerca. Es más, desde que regresaste, vuestra relación es aún más insostenible que antes... —Me sonrojo delatándome—. ¿Ocurrió algo antes de que te fueras?

Me paso la mano por el pelo y me siento en una de las sillas que tiene Jenna en el estudio.

—No sé por dónde empezar..., quizás por el principio, pero de esto hace ya más de cinco años.

—Eso es mucho tiempo —dice Bianca. Yo asiento.

—Conocí a Ángel hace cinco años. Él estaba estudiando idiomas fuera de aquí...

—Recuerdo ese verano —apunta Laia—. Le eché mucho de menos... y luego llegó insostenible.

—Pues no sé yo por qué —digo entre dientes—. Bueno, la cuestión es que nos conocimos y al poco, tras pasarnos horas y horas hablando y quedar para vernos siempre

que podíamos, empezamos una relación. Tal vez el error fue que empezamos demasiado pronto..., qué sé yo.

—¿Fuiste novia de mi hermano? —Asiento—. Qué raro, Ángel nunca nos ha presentado a nadie como a su novia.

—Lógico, él prefiere ir saltando de una a otra —digo molesta.

—En eso te doy la razón —reconoce Bianca—. Sigue.

—El caso es que pasamos tres meses juntos como pareja. Cuando terminó el verano y Ángel tuvo que volver, seguimos viéndonos durante un tiempo. Hablábamos de un futuro juntos, me quería presentar a su familia y yo deseaba que lo hiciera, porque por aquel entonces creía que lo nuestro era para siempre... Pero de repente una noche, tras... —Me quedo pensando en lo que viene a continuación—. Digamos que aunque había noches que dormíamos juntos, por mi reticencia a... no teníamos relaciones sexuales. Sin embargo, una noche intentamos llegar más lejos... pero lo detuve. Se fue poco después y ya no supe más de él. Hasta que un día, no había pasado ni un mes de aquello, lo vi enrollándose con mi hermana. —Siento que mis amigas aguantan la respiración—. Hasta ese momento creía que volvería con una buena razón por no haberme llamado, ni cogido el teléfono, ni dado señales de vida. Estaba muy preocupada... pero era evidente que él no.

Me atrevo a mirarlas y, sobre todo, a Laia.

—Siento si... —le digo, pero ella toma mis manos.

—Fue un cerdo, pero quiero creer que tuvo un motivo para...

—No lo creo. De haberlo tenido, me lo habría dicho —la corto enfadada, pues sabía que me dirían algo así, «el bueno de Ángel no pudo hacerte eso».

Me levanto y paseo de arriba abajo por la habitación.

—No te enfades. Solo trato de buscar una explicación. Pero reconozco que lo que te hizo estuvo fatal..., que sea mi hermano no le exculpa.

—Yo tampoco entiendo qué pasó... —dice Bianca.

—¿Y cuando lo viste de nuevo no te dijo nada? —me pregunta Jenna.

—Cuando vine al pueblo, Adair me presentó como su novia —contesto mirando a Laia, que ya sabía que fui novia de Adair.

—¿Y qué dijo él?

—Se dio media vuelta y se fue.

—Yo creo que él aún siente algo por ti... —dice Jenna.

—No, él nunca ha sentido nada. Si no, no me habría dicho que me quería para largarse sin más... y menos después de decirle aquella noche que no podía seguir... me sentí fatal por su partida.

—Un momento. ¿Te dijo que te quería? —Asiento a Laia—. Mi hermano no es de los que expresan lo que sienten. Tal vez...

—¡Laia, déjalo! Si no me queréis creer, lo entiendo, pero no busquéis excusas. Se fue

y luego lo vi con otra. ¡Con mi hermana pequeña, nada menos! Si tanto me quiso, ¿por qué me reemplazó tan pronto por otra?

—En eso tienes razón —dice Jenna seria.

—¿Y lo de esta noche con Matt? —me pregunta Bianca y se lo cuento—. Pues que se fastidie. Que crea que tú no sientes nada por él.

Asiento.

—En ese momento me sentí fatal y Matt salió en mi ayuda.

—Lo sigues queriendo —afirma Jenna.

—¡No debería sentir esto! —exclamo frustrada.

—Yo viví una situación parecida y sé lo duro que es —asegura Laia.

—Lo siento —me dice Bianca poniéndome una mano en el hombro.

—No pasa nada.

—Ahora entiendo por qué lo evitas y siempre andáis como el perro y el gato, porque lo quieres —concluye Laia—. Lo que no entiendo es por qué desde que volviste os lleváis todavía peor que antes... ¿Seguro que no pasó nada más?

Tomo aire y me siento una vez más. Ya les he contado lo suficiente como para no dejarlas a medias ahora.

—Cuando pillé a Jon con Patricia me sentía muy mal por lo que dijo y fui a tu casa con un montón de chucherías y una botella de alcohol... —digo mirando a Laia—. Ángel me dijo que no estabas, pero que pasara de todas formas, aún hoy no entiendo por qué. Debía de tener un aspecto espantoso para que hasta él sintiera lástima por mí.

—Sí, recuerdo ese día. Ángel estuvo insoportable muchos días...

—Otra vez insoportable... —dice Jenna. La miro seria—. ¿Qué? Es evidente que algo despiertas en él. Si es rabia u odio... no lo sé.

—No le despierto nada —replico.

—¿Y qué pasó cuando te dejó entrar? —comenta Bianca, astuta.

—Nos emborrachamos y... casi nos acostamos.

Las tres agrandan los ojos.

—Ahora lo entiendo todo. Tú ahora lo odias más porque cediste a la tentación —dice Laia.

—Es posible... ¿Por qué soy tan débil? No lo soporto.

Tocan a la puerta del estudio y al abrir, entra Matt con un plato de aperitivos.

—¿Les has contado la verdad de Ángel y tú? —adivina—. Tardabais mucho y lo he supuesto.

—Sí.

—Me alegro —comenta con cariño—. ¿Vamos a seguir haciendo creer al hombre de

morros que ha vuelto con varias cervezas y cara de pocos amigos que anoche nos acostamos? —comenta con picardía.

—Por supuesto —contesta Laia—. Si no siente nada por ella, le dará igual, pero si sí...

—Laia, tu hermano no siente nada por mí —le digo muy seria y convencida.

—Bueno, en ese caso, a nadie le hará daño esta mentira; pero si le jode... pues que se fastidie por lo que te hizo. Aunque sigo pensando...

—Déjalo ya —la corto.

—Vale. Será mejor que vayamos fuera. Y tranquila, no saldrá nada de esta habitación.

Las demás asienten y salimos hacia el jardín.

Llevamos un rato comiendo. Matt no deja de decirme que coma y sonría y, pese a que no tengo mucha hambre, he hecho exactamente eso: he comido y he sonreído. Ángel, sin embargo, está serio, callado, no para de beber y apenas ha probado bocado. Está visto que le da todo igual.

—Matt, no paro de pensar en lo que nos ha contado Dulce —dice Laia divertida—. ¿En serio eres capaz de...? Tú ya me entiendes.

Bianca y Jenna se ríen cómplices, mientras yo me sonrojo y me hundo aún más en la silla. Ahora mismo me arrepiento de haberles contado lo de anoche.

—No me gusta vacilar —comenta de forma ambigua Matt, sin dar más explicaciones, y ellas se ríen. Se nota que Matt también está disfrutando con esta farsa. Yo no.

Evito mirar a nadie y sigo comiendo, pues de repente me ha entrado mucha hambre. Cuando llega el postre, damos buena cuenta de la tarta que Jenna ha hecho en honor a los nuevos papás y, sin ganas de quedarme para tomar el café, me levanto para irme... pero, para mi sorpresa, Ángel ha pensado lo mismo y ambos hablamos a la vez.

—Me voy.

Nos miramos furiosos por coincidir en esto.

—Si tú te vas, yo me quedo —comenta Ángel con total sinceridad.

—Entonces, me quedo —le digo sentándome.

—En ese caso, nos vemos otro día... A ti no. Verte me amarga el día.

Aprieto los puños y lo veo irse con rabia. Cuando hace comentarios como esos lo odio todavía más y entiendo por qué dejé de hablarle, o por qué le hago daño... ¿Pero él?, ¿qué quejas tiene él de mí?

Aprieto los dientes para no llorar y siento la mano de Bianca sobre la mía.

—Mi hermano es un cerdo —dice Laia seria.

—¿Nos hemos perdido algo? —pregunta Adair—. Porque lo de que no te has acostado con Matt ya lo sabemos.

—¿Ah, sí? —interviene Bianca alzando las cejas.

—Pues claro —comenta Albert—. De ser así, estaría con una tonta sonrisa en la cara y los ojos chispeantes. Ha comido por pura inercia y prácticamente no ha mirado a Matt en toda la tarde.

—Además, Dulce no es de las que se acuestan con alguien a la primera de cambio —comenta Adair.

—Y por si fuera poco, vosotras tres estáis tramando algo —alega Robert mirando a Jenna—. Se os ha visto el plumero.

Me paso la mano por la frente y estallo.

—¡Vale, está bien, no nos hemos acostado! Ángel y yo fuimos novios y casi nos acostamos hace seis meses, y cada día que pasa lo odio más por haberse largado sin dar explicaciones. ¡¿Contentos?!

Me levanto para irme, sabiendo que he perdido los papeles. No quiero quedarme con mis amigos por miedo a derrumbarme.

—¡Dulce! —me llama con cariño Adair—. No estás bien para estar sola y somos tus amigos. Ya hace tiempo que sé que tú y él fuisteis novios, se os notaba.

—Eres demasiado observador para mi gusto.

—Dulce, no saldrá nada de aquí. Si Ángel se fue sin decirte nada y te dejó, es normal que lo odies, no se portó bien contigo... Sin embargo, sus reacciones siempre nos hacen pensar que él no es el culpable de vuestra situación. Que algo pasó para que él ahora te trate así... —explica Robert.

—Lo único que pasa es que me odia sin más y no soporta mi compañía. ¡¿Tan difícil es de entender?! —digo ya con una tonta lágrima corriendo por mi rostro.

—Tía, no llores... ¿te doy un beso para que se te quite? —me dice Nora abrazando mis rodillas, y eso me derrumba más. Me agacho y le doy un beso.

—Estoy bien.

Nora me sonrío y me toca la mejilla.

Al final me convencen y entro a tomar una tila para relajarme. Por suerte dejamos aparcado el tema de Ángel y todos me dan su apoyo. Por una parte me siento liberada por haberlo dicho, pero por otra me siento mal. No me apetecía recordar lo que viví con Ángel.

—¿Cuándo estuvisteis juntos? —me pregunta Adair. Por su cara intuyo que no ha dejado de darle vueltas al asunto.

—Déjalo, no necesito que hagas de detective.

—¿Cuándo?

—Cuando mi hermano se fue unos meses fuera a estudiar idiomas.

—Recuerdo ese momento... —Adair se calla y me mira—. Después vino...

—¿Fue cuando decía que había estado con una chica más o menos de mi edad y lo dejó porque según ella era muy joven para comprometerse? —pregunta Laia. Adair asiente.

—Ángel va a cumplir veintiséis, apenas me lleva tres años. Mi hermana es la que tiene la edad de Laia. —Y agacho la cabeza, pues aunque esto solo confirma mi hipótesis de que Ángel estuvo jugando conmigo mientras estaba con mi hermana, no me hace sentir mejor.

Nunca hablé con mi hermana del tema, hice como si no hubiera pasado nada... En realidad, tras lo que pasó al poco de que Ángel se fuera y ver que mi familia no me creía, me alejé de todos ellos. Hace años que soy independiente y, aunque los sigo viendo de vez en cuando, algo se rompió entre nosotros. Mi mano va inconscientemente a la marca que tengo en medio del pecho y el recuerdo amargo de lo sucedido termina por fastidiarme y angustiarme del todo.

—Me voy..., tengo cosas que hacer.

—Es posible que haya otra explicación —dice Adair.

—¿Qué explicación? ¿Que estaba conmigo pero a la que quería era a mi hermana? Tú mismo has dicho que vino mal por una relación con una chica más joven que él, y además, sé que una de las cosas que Ángel te dijo para que no salieras con Laia fue lo de su experiencia con una chica que no sabía lo que quería. Y es evidente que esa no soy yo. Yo sí sabía lo que quería. Y lo quería a él. Y él lo sabía.

Me levanto para irme y noto que Matt hace lo mismo.

—Os agradecería que dejarais el tema, no quiero hablar más de lo que ocurrió entre Ángel y yo. —Asienten y me marcho con Matt, pues ha dicho que no piensa dejarme sola estando como estoy y en parte se lo agradezco, al menos para no irme sola a casa.

Cuando llegamos, sin embargo, me despido de él en la puerta y subo sola, pues ahora mismo es lo que necesito. Ojalá no hubiera dicho nada..., no estaba preparada para remover el pasado.

CAPÍTULO 5



ÁNGEL

Al entrar en la comisaría encuentro a Adair, que me recibe serio.

—¿Has pasado un buen fin de semana?

No entiendo su pregunta y asiento.

—¿Qué nos toca hoy?

Adair me observa serio y yo lo miro con la misma seriedad.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Nada, estaba pensando en la historia que me contaste de aquella chica de la edad de Laia que te gustó y te dejó...

—¿A dónde quieres ir a parar?

—A ningún sitio. Es que veo que estamos todos tan bien juntos con nuestras parejas, y no sé... me gustaría que tú tuvieras la misma suerte y encontraras a alguien especial... Es una lástima que esa joven te marcara tanto.

—Sí, una lástima —digo entre dientes.

—¿No lo has superado?

—Sí, lo superé hace tiempo.

—Me alegro. —Adair me mira de forma rara.

—¿Qué pasa? —le digo exasperado.

—Solo pensaba en lo que me dijiste de ella y en lo mucho que te marcó... ¿Cómo se llamaba?

—Rosa. ¿Algo más?

—Vaya, igual que mi hermana —dice Dulce como quien no quiere la cosa cuando entra—. Qué casualidad. Aunque, claro, es un nombre muy común.

—Sí, claro —digo sin entender el retintín de Dulce.

Dulce va hacia Adair, al que miro enfadado. No me apetecía recordar a Rosa y menos el motivo por el que llegué a tontear con ella. *¡Me recordaba a Dulce!* Pero no tardé en darme cuenta de que no era ella, que solo buscaba una sustituta..., como llevo haciendo desde entonces.

—¿Qué tenemos que hacer hoy? —pregunta Dulce.

—Por fin una investigación interesante... aunque complicada. Nos han pedido que ayudemos a investigar a un conde supuestamente corrupto y a identificar a su cómplice. Se va a trasladar a vivir en la zona de las mansiones del pueblo y nos han pedido que investiguemos todo lo posible al conde...

—¿Cómo se llama?

—El conde Cypres.

Noto que Dulce se tensa mientras coge los papeles que le tiende Adair.

—Yo... tengo que ir a hacer un recado. —Y se va casi corriendo con los papeles en la mano.

Adair y yo nos quedamos mirándola asombrados por su reacción.

—¿Qué diablos le pasa? —comento mosqueado.

—No lo sé, tal vez sepa algo más de ese conde por la misma fuente que le dijo lo de la marquesa y quiera contrastar los datos...

—Es posible, pero somos un equipo, ¿no deberíamos ir con ella?

—Sí, esperemos que vuelva pronto. Es una suerte que tenga tres copias del caso. —Me tiende la mía y nos vamos a investigar la casa a donde se va a mudar el conde.

—Sé de alguien que puede saber algo de este conde: Liam o Albert —comenta Adair mientras conduce.

—Cierto. ¿Liam está de viaje? —Adair asiente—. Entonces será mejor que vayamos a la empresa de George y le preguntemos a Albert. Él nos dirá lo que sabe.

Cuando llegamos al edificio de oficinas de Albert, en recepción nos dicen dónde encontrarlo. Al entrar allí, lo vemos junto a Robert consultando unos papeles en un despacho muy amplio y con una gran cristalera que ocupa toda la pared.

—Vaya, ¿qué hacéis vosotros por aquí? —dice Albert al vernos—. Debe de ser algo importante... ¿Ha pasado algo? —pregunta ahora preocupado.

—No, tranquilos —responde Adair al ver que Robert también se ha preocupado.

—Tenemos un caso sobre un conde... y nadie mejor que un marqués para echarnos una mano —explica sonriente.

—Pues claro. ¿De qué se trata?

Adair cierra la puerta y le tiende a Albert los papeles del caso.

—Vaya —dice nada más empezar a leerlos.

—¿Pasa algo? ¿Le conoces?

—Es el exprometido de Bianca. Ahora sí que estaré encantado de ayudaros en todo lo que pueda, a ver si conseguimos que ese desgraciado pague por todo... —No nos dice nada más y estudia con detenimiento los papeles—. Es socio del padre de Bianca y del mío.

—¿Y Dulce?, ¿no está con vosotros? —pregunta Robert.

—No, tenía cosas mejores que hacer... —contesto serio—. Mejor, así trabajo más a gusto.

—Si fuera tan indiferente para ti como nos quieres hacer creer... no te picarías con ella —comenta Robert tocándome las narices.

—Me es completamente indiferente. —Pero la forma de decirlo, entre dientes y con el puño apretado por la rabia, no ayuda mucho a mi afirmación.

—Tú mismo —contesta Robert.

—Trataré de averiguar algo en las fiestas que den en el pueblo —dice Albert volviendo al tema que nos ha traído aquí—. Aunque Bianca nunca quiere asistir, si le cuento el motivo, seguramente lo hará. Le gustará tanto como a mí pillar al conde.

—Tened cuidado.

—Siempre —comenta Albert.

Al poco nos vamos y, al llegar a la comisaría, el teniente nos comunica que Dulce se ha tomado unos días libres, de sus vacaciones.

—Eso sí que es raro —comenta mosqueado Adair.

Yo pienso lo mismo, pero no digo nada. ¿En qué diablos andará metida?... ¡¡Y a mí que me importa!!

DULCE

—Me alegra tanto que hayas venido... y que hayas decidido ir con nosotros a la fiesta que da el abuelo... —me dice mi padre mientras me lleva a donde está mi madre reunida con sus amigas tomando el té.

Lo miro sonriente y trato de tragarme el malestar que siento. Miro a mi alrededor. La mansión de mi padre es digna de un vizconde..., pero yo hace años que no la siento como mi casa. Después de romper con Ángel me fui a vivir por mi cuenta y desde entonces no he querido asistir a las fiestas que ha organizado mi familia, pese a su insistencia. En realidad nunca he sentido que encajara en este mundo. Pese a la soledad que me ha asaltado en muchas ocasiones, aquí siempre me he sentido mucho más sola, aun estando siempre rodeada de gente.

Mi padre abre la puerta del salón y mi madre, al verme, se levanta para saludarme. Tiene el pelo oscuro y los ojos violetas como los míos. El pelo rubio lo he heredado de mi padre y, aunque físicamente tengo rasgos de ambos, interiormente nunca me he visto parecido con ellos.

—¡Hija! Qué alegría verte... Estás preciosa. Me alegra que hayas decidido ponerte el vestido que te envié el otro día.

Asiento y la saludo. Mi madre nunca entendió por qué me ocultaba tras ropas anchas, aunque yo se lo conté, ellos siempre lo han sabido todo... Y pese a ello, cada poco me envía vestidos y ropa elegante. Sobre todo, ropa femenina, con la esperanza de que un día, palabras textuales de ella, «deje esa obsesión mía por parecer un marimacho». Hubo una

época en la que me gustaba vestir estas ropas, no me sentía a disgusto; no obstante, había otras muchas cosas de este mundo que me amargaban.

—Qué hija más guapa tienes. Es tan bonita como nos decías.

Mi madre me presenta a sus amigas y me invita a que me siente a tomar el té. Si quiero que mi plan sea creíble, debo aceptar, aunque la idea no me tienta en absoluto.

—Con lo bonita que es, no te costará nada que pesque un buen marido.

Mi madre sonrío y me mira esperanzada, pues ese ha sido siempre su sueño. Desde que empecé a desarrollarme, fantaseaba con lo fácil que sería cazar a un buen partido. Y a mí, en cambio, me amargaba ver como mi belleza podría ser mi condena. Por suerte para mí no se opusieron cuando les dije que me iba.

—Eso es cosa de ella. Yo llevo años tratando de hacerla entrar en razón sin éxito —dice mi madre con una sonrisa.

—Estos jóvenes... no saben nada de la vida.

La señora que ha hablado ronda ya los setenta años y, pese a que su cara muestra la tersura propia de la cirugía estética, su cuello nos revela su edad.

Cuando se van las amigas de mi madre, esta me mira intrigada.

—¿Y cómo es que te has decidido a venir? Siempre prefieres vernos fuera de la casa... ¿Estás bien? ¿Necesitas dinero?

Niego con la cabeza.

—Estoy bien y no necesito dinero. Yo solo... hace unos días que he sabido del baile que organiza el abuelo... —miento, pues me he enterado gracias a que he llamado a Matt antes de venir aquí—. Y me gustaría ir.

La cara de asombro de mi madre me la esperaba. Por fin sale de mí hacer algo que ella lleva años deseando. Espero no arrepentirme, pero si hago esto es por una buena causa: investigar a mi propio abuelo. El conde Cypres.

ÁNGEL

Hemos quedado en casa de Robert para tomar algo aprovechando que las chicas se han reunido en casa de Laia..., bueno, solo Jenna y Nora, pues de Dulce no sabemos nada. No ha venido a trabajar en toda la semana y, aunque debería darme igual, no es así, pues mi subconsciente ha estado pendiente todo el tiempo de la puerta de Dulce, y de escucharla al otro lado de mi estudio. Me revienta ser tan dependiente de su persona, no poder dejar de seguirla e incluso sentir preocupación por su marcha tan repentina.

Por otro lado, esta noche el conde Cypres celebra una fiesta en la mansión que ha adquirido recientemente cerca del palacio de Liam. No hemos podido encontrar nada nuevo estos días, pese a que no cesamos en la investigación. Hay indicios para pensar que está traficando con armas y que de ahí procede su inmensa fortuna, pero aún no sabemos quién puede ser su socio. Desde luego, debe de ser alguien con muchos contactos. Tarde o temprano lo descubriremos y, cuando lo hagamos, tendré una gran noticia y podré escribir

un gran artículo. Estoy deseando que llegue ese día.

Albert y Bianca han acudido a la fiesta de esta noche y estarán atentos a cualquier cosa extraña que vean. Según parece, el conde está emocionado porque va a asistir su nieta mayor, una joven que solo unos pocos conocen y que nunca ha sido presentada en sociedad. Espero que eso le haga cometer algún error y no dudo de que Albert sabrá verlo, pues es muy competente en su trabajo.

Lo que me llamó la atención de la descripción que han dado algunas personas que han visto a la nieta del conde es que todos hablaban de una hermosa joven de cabellos dorados y ojos violetas. Sin poder evitarlo mi mente evocó a Dulce, pero eso es imposible... Pese a saberlo, algo dentro de mí me hace sentir inquieto.

DULCE

Llegamos a la mansión de mi abuelo. Nada más bajar del coche, lo veo venir hacia mí. Instintivamente doy un paso hacia atrás, no puedo evitarlo, pues mi mente me ha traído recuerdos amargos de la última vez que lo vi. Hace cinco años que lo he estado evitando.

—Mi adorable Dulce. Eres más hermosa de lo que pude soñar un día que serías.

Le tiendo la mano para que me la bese y, cuando sus labios la rozan, siento asco, incluso a pesar de llevar guantes.

—Abuelo, tan encantador como siempre —miento deseando que este momento pase lo antes posible, recordándome por qué estoy aquí. No me extraña que mi abuelo ande detrás de algo turbio. Y de ser así, pienso dar con ello.

—Vamos, entremos, que los invitados no tardarán en venir, todos están deseando conocerte.

Me tensó y dejé de sentirme tan fuerte como cuando ideé todo este plan. Solo espero que salga bien, porque estoy poniendo mucho en juego.

Cuando los invitados empiezan a llegar y me los van presentando uno a uno, me siento cada vez más agobiada y no paro de temblar. No me gusta esto y menos saber que en cualquier momento veré a la persona que me arruinó la vida junto con mi abuelo, aunque todos creyeran que él solo me estaba ayudando.

—¿Dulce?

Giro la cabeza y ahí están, Bianca y Albert. Ella me mira con la boca abierta, pero él está muy serio y sé que está pensando que los he engañado todo este tiempo, que no soy más que una traidora... Ojalá hubiera tenido tiempo para explicárselo estos días, pero mi madre insistió en que me quedara en su casa para ir de compras y enseñarme algunas cosas... De todas formas, no esperaba encontrarme esta noche con Albert y Bianca, creía que Bianca odiaba esta clase de eventos y los evitaba. Pero tenía que haber pensado que Adair consultaría a Albert sobre el conde.

—Yo...

—¿Qué haces con ella? —me pregunta mi abuelo mirando con dureza a Bianca y, sin

dejarme responder, añade—: Ni siquiera sé cómo habéis tenido la desfachatez de venir — dice por lo bajo con una sonrisa cínica.

—Ni yo por qué usted nos ha invitado, aunque, claro, es mejor quedar como el pobre exprometido que ha pasado página, ¿no? —le contesta Albert con dureza y también por lo bajo.

¿Exprometido? ¿Mi abuelo es el hombre mayor con el que iban a casar a Bianca? Siento que se me revuelve el estómago solo de pensarlo y esto solo complica más las cosas. Deben de pensar que soy como él. Siento que me falta el aire y me voy hacia atrás.

—¿Hija? —me pregunta mi padre.

—Solo necesito un poco de aire...

—Debes quedarte hasta que vengan todos los invitados. Y sonrío —me dice mi madre sonriente, pero mordaz.

Miro a Albert y Bianca y cuando me los presentan formalmente, Bianca se acerca y me habla al oído mientras hace como que me besa.

—Ya habrá tiempo para las explicaciones, tranquila.

Me aprieta la mano con cariño y se aleja con Albert.

Me relajo, pero, cuando miro al siguiente invitado, mi respiración se detiene: ante mí veo al causante de que tenga en el pecho una fea cicatriz.

ÁNGEL

Me termino la cerveza al tiempo que suena el móvil de Adair.

—Es Albert. Debe de tener algo. —Lo descuelga y pone el manos libres para que lo escuchemos—. Hola, Albert. He puesto el manos libres. ¿Qué tal la fiesta?

—Tediosa. Hola a todos.

Le saludamos y escucho de fondo la música del baile.

—¿Te has enterado de algo nuevo?

—De algo sí. Lo que no sé es si es bueno o no.

Los tres nos inclinamos sobre el teléfono, atentos.

—Di.

—Dulce es la misteriosa nieta que iba a presentar el conde. ¿Cómo os quedáis?

De piedra. La ira me invade y me levanto como un resorte del sofá.

—¡No es más que una mentirosa! —estallo, pues una vez más me he visto con diecinueve años, viendo como ella llevaba una doble vida y yo era tan tonto como para creer en ella.

—Cálmate, Ángel —me dice Adair.

—¿Se lo has dicho? Te dije que esperaras hasta hablar con Dulce —oímos comentar

de fondo a Bianca, enfadada.

—¿Y cuándo pretendes que hable con ella? Ese abuelo suyo no la deja sola un instante.

—Da igual, tiene que tener una explicación...

—Chicos, cuando sepa algo más, os cuento. Espero enterarme pronto de a qué está jugando Dulce.

—¡Albert! —le recrimina Bianca antes de colgar.

Cuando lo hace, nos quedamos los tres en silencio. Ninguno da crédito a lo que acabamos de escuchar.

—Ella es así.

—Ángel, puede que, como bien dice Bianca, tenga una buena razón.

—¡Y una mierda! ¿Acaso se tienen razones para mentir? ¿Para llevar una doble vida? —grito perdiendo los estribos y dando vueltas por la habitación, pues ahora mismo hablo por mi pasado y mi presente.

Adair está muy serio. Él tampoco parece entender qué ha pasado para que estemos tan confundidos con respecto a Dulce.

—¿Necesitas más pruebas? Ella vio el nombre de su abuelo en los informes y salió corriendo a avisarle. No es más que una embustera.

—Ya sabemos lo que piensas de ella —me dice Adair—, pero Dulce no ha ido a ninguna fiesta hasta ahora; el mismo Albert nos dijo que era la primera vez que la nieta del conde acudiría. Es posible que haya algo detrás...

—... O que haya decidido investigar a su propio abuelo, metiéndose de lleno en la boca del lobo —comenta Robert, que hasta ahora no había dicho nada.

—No la excuses —le espeto furioso.

—Tú tampoco la condenes antes de tiempo —me dice Adair—. Es mejor que la escuchemos. Conozco a Dulce y, si nos ha ocultado esto, es porque tiene un motivo.

—Claro, la conoces perfectamente, es tu ex —me doy cuenta nada más decirlo de que con mi comentario me he delatado, pero ya es tarde para retirarlo.

—Y la tuya también, ¿no? —se defiende Adair—. Aunque tengo la impresión de que no la has olvidado.

—Eso pertenece al pasado —le digo entre dientes sin negarlo.

—Si fuera así, te sería indiferente y no la tratarías como la tratas. Tus reacciones y tu forma de mirarla cuando crees que nadie se da cuenta te delatan.

—¡No delatan nada! —le respondo enfadado con Adair—. Por lo que sé de Dulce, bien puede estar mintiéndonos, así que tú verás si decides creer en ella o no.

Adair y yo nos quedamos mirándonos en silencio, hasta que el sonido del móvil de Adair nos hace desviar la vista hacia él.

Adair lo descuelga y vuelve a avisar a Albert de que ha puesto el manos libres.

—Chicos, Bianca acaba de hablar con Dulce. Fue al aseo y justo salía Dulce de uno de los servicios con los ojos rojos de haber estado llorando. Dice que es la primera vez que ve a Dulce llorar. Al verla se sorprendió y trató de disimular, pero las evidencias estaban presentes. Le ha dicho que mañana irá a casa de Robert a las once y nos lo contará todo.

Escucho el relato de Albert con una gran desazón en el pecho. Que crea que es una mentirosa no significa que me sea indiferente si sufre, y eso me enfurece. Adair tiene razón, no me es indiferente.

—Hay más.

—Di —le dice Adair, que permanece serio, al igual que Robert.

—Cuando Dulce volvió estaba seria, pero yo no vi nada raro. Matt se acercó a ella para que se fuera con él, o al menos esa era su idea hasta que su abuelo la cogió del brazo y con una dura sonrisa se la llevó con él. No la ha soltado hasta ahora. La gente cree que es amor de abuelo, pero yo no he podido ignorar la cara de asco que ha puesto Dulce un segundo después de sentir su mano sobre ella. Creo que aquí hay algo muy gordo.

—Mañana lo descubriremos.

Albert cuelga y a mi mente viene la imagen de la cicatriz que tiene entre sus pechos. No la tenía cuando estábamos juntos. ¿Qué le pasó?

* * *

Voy a mi casa andando y, cuando estoy llegando, veo que un coche caro aparca delante de mi edificio. Rápidamente me escondo en un portal cerca del nuestro, suponiendo que es Dulce, y efectivamente, la veo bajar del coche e ir corriendo hacia el portal. Al poco descubro por qué: del coche ha salido un hombre mayor que la llama.

—Abuelo, ya puedo llegar yo sola. Gracias por traerme. —Aunque estoy algo alejado, puedo notar el malestar en la voz de Dulce.

Observo al hombre de casi ochenta años mirarla y cómo niega con la cabeza, haciendo que sus bien peinadas canas se muevan.

—No es molestia, tenía muchas ganas de estar contigo. Ha pasado tanto tiempo...

—Cinco años no es mucho tiempo.

¿Cinco años? ¿Antes o después de estar conmigo?

—Bueno. —El hombre se acerca sonriente y coge la mano de Dulce, o al menos esa es su intención, pues esta la retira—. Te acompaño a tu casa. Quiero asegurarme de que llegas sana y salva, es de noche...

—Ya la llevo yo.

Salgo de mi escondite y, aunque sé que he debido de imaginármelo, por una vez me parece ver agradecimiento en la mirada de Dulce. Ha sido un instante fugaz, pero supongo que entre los dos males me prefiere a mí. Y eso me inquieta. ¿De verdad se ha metido en la cueva del lobo para investigar a su abuelo? No lo sé... «*Recuerda que hace cinco años ya te mintió y no notaste nada*», me digo.

—No hace fal...

—Nos vemos, abuelo. —Dulce me toma de la mano, cosa que me mosquea aún más, y entramos en el portal ignorando a su abuelo.

Cuando cerramos la puerta detrás de nosotros, Dulce me suelta.

—Yo... —Dulce me mira indecisa. Lleva el pelo recogido a un lado y, aunque me molesta reconocerlo, está preciosa.

—Nos vemos mañana. A las once nos tendrás que dar muchas explicaciones. A todos.

Y sin decir más, subo por las escaleras para huir de ella y de los sentimientos enfrentados que tengo, y sí, también para no cogerla y besarla como deseo hacer siempre. ¡Maldito deseo descontrolado!

DULCE

Termino de vestirme para ir a casa de Robert. Siento un malestar en el pecho por miedo a que no me crean. Desde ayer, mi seguridad en mí misma y todo lo que había conseguido en este tiempo lejos de mi abuelo y su amigo se han destruido. Tanto es así, que cuando Ángel vino en mi auxilio, lo agradecí, hasta que recordé nuestra enemistad.

«Tengo que ser fuerte», pienso mientras me doy otra capa de antiojeras.

Mientras salgo y voy hacia mi coche, me recuerdo que hago todo esto para que por fin mi abuelo y su amigo —pues no tengo ninguna duda de que él es su socio— paguen por todo. Y de alguna forma, que todos los que en su día no me creyeron me crean; entre ellos, mis padres y mi hermana.

Ha llegado el momento de comprobar si mis amigos me creen más que ellos.

CAPÍTULO 6



DULCE

Me tiemblan las manos cuando llego a casa de Robert. Esta no soy yo... o tal vez sí. A fin de cuentas, siempre he tratado de ocultar mis miedos y mis preocupaciones bajo capas y capas, y ahora todas han desaparecido, dejándome expuesta.

Tomo aire y toco a la puerta. Jenna me abre sonriente y la pequeña Nora viene corriendo a recibirme. Me agacho para abrazarla, sin que la pequeña sea consciente de la fuerza que me está infundiendo su abrazo para enfrentarme a la mirada recriminatoria de mis amigos.

Cuando levanto la cabeza, con lo primero que me encuentro es con los ojos serios de Adair. No soportaría perderle como amigo.

—Yo...

—Vamos, Dulce, siéntate y cuéntanos la verdad.

Asiento y me relajo cuando me sonrío con la misma amistad de siempre, pues me da a entender que no quiere juzgarme antes de tiempo. Siento tal alivio, que soy capaz de entrar y ponerme ante ellos.

Los miro uno a uno. En sus caras no veo recriminación, solo ganas de saber la verdad... al menos si no miro a Ángel, que me observa muy serio desde un lado de la sala, sin quitar sus ojos verdes de mí. Por su expresión sé que él ya ha dictado su sentencia, de modo que no entiendo qué diablos hace aquí.

—Sé que os debo muchas explicaciones. Si no hubiéramos tenido que investigar a mi propio abuelo, es posible que nunca os hubiera hablado de él, ni de mi familia. No tenía ninguna intención de revelar a nadie que soy hija de un vizconde —reconozco—. No es porque no confíe en vosotros —matizo—, sino porque para mí esa parte de mi vida dejó de existir hace cinco años.

—¿Eso fue antes o después de...?

Ángel se calla de repente, pues ha estado a punto de delatarse, aunque dudo que pueda decir algo que no sepan todos ya a estas alturas.

—Después. Lo que os voy a contar ocurrió después —respondo sin mirarlo.

En su momento quise hablar a Ángel de mi familia, pero temía que, al hacerlo, nuestra relación cambiara. No quería que nada ni nadie estropeará lo nuestro y mucho menos mi procedencia. Aun así, estaba decidida a decirle quién era en verdad, pero Ángel se fue antes de que pudiera decírselo.

—Continúa, Dulce —me dice Adair con cariño.

—No sé por dónde empezar..., no me siento tan valiente como tú —digo mirando a Laia.

Ella me observa y frunce el ceño, intuyendo lo que quiero decir, y pregunta:

—¿Estás queriendo decir que te violaron?

—No... pero casi. —Me llevo la mano a la frente. No sé si voy a ser capaz de llegar hasta el final del relato—. Después de que mi familia no me creyera, no he contado esto a nadie...

—Yo sé lo difícil que es. Cada cosa a su tiempo, Dulce. Y si no estás preparada... —me dice Laia posando una mano sobre la mía en señal de apoyo.

—Estoy bien —miento, y tomo aire antes de seguir—. Hace unos años, mi abuelo y un amigo suyo me ofrecieron un vaso de agua. Contenía una fuerte droga que me dejó adormilada al instante. Lo recuerdo todo borroso, pero aun así era consciente de lo que estaba pasando y, después de que me rasgaran la ropa con claras intenciones de aprovecharse de mí, me tiré como pude por la ventana de un primer piso para huir de ellos. Sinceramente, en ese momento no me importaba mi muerte.

Es la primera vez que cuento esa parte y, pese a que me tiemblan las manos, decirlo en alto a mis amigos hace que me sienta liberada de alguna forma.

—Se asustaron porque pudiera estar muerta y llamaron a la ambulancia, como buenos samaritanos, alegando que me encontraron ya así, que no pudieron evitar que me tirara por la ventana. La droga en mi sangre no ayudó a mi relato, pues en ese momento incluso yo dudaba de lo vivido.

—Te crearon la duda —comenta Adair, y asiento.

—Pero sé que lo que recuerdo es lo que pasó.

—¿Lo denunciaste?

—Sí, pero las pruebas no eran suficientes y las retiraron.

—Y tu familia, ¿qué dijo? ¿Nada?

—Nada. De ese día me quedan dos profundas cicatrices: la de mi interior porque mi familia no me creyera y la marca en mi cuerpo que me recuerda diariamente lo vivido.

—¿Qué cicatriz? —pregunta Matt curioso.

—Vaya, ¿te has acostado con ella y no lo sabes? —dice Ángel perspicaz.

—No me di cuenta —le contesta Matt serio.

—Si de verdad te hubieras acostado con ella, lo sabrías. Aunque no la hubieras visto, la habrías tocado.

Matt me mira curioso y niego con la cabeza.

—No pasa nada, ya saben todos la verdad —reconozco y me levanto un poco la camiseta sin llegar a mostrar mis pechos—. Esto me lo hice con los cristales cuando salté

por la ventana.

—¡Dios! —exclama Laia al ver la marca—. Debió de dolerte mucho..., tienes suerte de que no fuera grave.

—Sí, ahora doy gracias porque todo quedara en un susto. Pero tras aquello, me fui a vivir sola. No quería saber nada de mi familia y solo la veo de vez en cuando. Por supuesto, me he negado siempre a ir a las fiestas a las que me invitaban...

—... Hasta ahora —dice Robert.

—Sí. Quiero vengarme de mi abuelo. Cuando me hice mayor, comprendí que su forma de mirarme no era la de un abuelo —digo con asco.

—Ayer lo noté —comenta Albert—. Deberías tener cuidado con él.

—Siempre lo tengo.

—No lo dudo, pero ten cuidado —me dice con cariño.

Asiento y los miro con afecto.

—Y por eso, cuando leíste el nombre de tu abuelo en el informe, saliste corriendo: por fin tenías una oportunidad de vengarte.

—Sí —contesto a Adair—. No podía dejarla pasar.

—¿Y quién nos dice que no te has montado toda esta historia porque estás compinchada con tu abuelo? —dice Ángel con sarcasmo.

Lo miro perpleja un segundo por su deducción y le replico enfadada:

—¿De verdad crees que me inventaría algo así?

—Sí, te creo muy capaz de fingir.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡No eres más que un imbécil, insensible...!

—No te confundas. No dudo que te hicieron daño en el pasado, he visto la cicatriz y te aseguro que no me regocijo con tu sufrimiento. Lo que no tengo tan claro es que no hayas usado esa historia para justificar tu desaparición de esta semana.

—Eso solo lo pensaría una mente retorcida como la tuya.

—Soy periodista y tengo ante mí un gran artículo, no dejaré que nadie me lo estropee, y menos tú. Y te guste o no, a partir de ahora voy a ser tu sombra. Así que ya estás diciéndole a tu familia que tienes un novio con el que llevas saliendo cinco años.

—¡¿Qué?! ¿Te has vuelto loco? Nadie se creería que tú y yo somos novios. No nos soportamos.

—Eso es precisamente lo que ocurre después de cinco años: llega un momento en que las parejas se pierden el respeto.

—¡Llevamos evitándonos desde que regresé! ¿Pretendes soportarme más a menudo? ¿O que yo tenga que soportarte a ti?

—Haré un sacrificio.

—¡Ni en sueños!

—Pues no pienso ceder.

—Bueno, míralo por el lado bueno. Así puede estar cerca, por si tu abuelo se sobrepasa —comenta Jenna.

—Puedo defenderme de mi abuelo yo solita.

—Ayer no daba esa impresión —matiza Ángel con una sonrisa ladeada.

—¡Dios, no te soporto!

—Yo tampoco, pero no tienes por qué fingir que te caigo bien. Sobra con que los demás se crean que somos pareja. ¿Cuándo es la siguiente fiesta? —pregunta Ángel a Albert.

—Este viernes.

—Iremos. Será mejor que llames a tu madre para decirle que hoy vamos a tomar café y hacer la presentación formal. —Ángel camina hacia la puerta mientras yo lo miro enfurecida—. Te espero en la puerta de tu casa a las cuatro.

Y sin más se va, dejándome con mil palabras malsonantes por salir de mi boca. ¿Cómo pretende que alguien se crea que somos novios? ¡Maldito Ángel!

ÁNGEL

Aparco el coche cerca de una pequeña cala y me quedo quieto mirando el mar tras el volante. Mi mente no para de evocar a la Dulce que conocí hace años precipitándose por una cristalera sin importarle su muerte porque el desgraciado de su abuelo trataba de forzarla. ¡Claro que la creo! Maldita sea, nadie se inventaría algo así. Ahora entiendo un poco más por qué aquella noche, hace seis meses, que casi nos acostamos, ella estaba apenada por lo que le había dicho Jon: no es fácil volver a tener relaciones sexuales después de un trauma así. Por eso aún me desconcierta más que aquella noche, si no llego a detenerme, Dulce no habría dicho que no. Vivo entre la realidad y la imagen que tengo creada en mi mente de ella, y temo estar volviéndome a equivocar, pues todo eso sucedió cuando ya no estábamos juntos...

Dios, ya no sé qué creer.

Intento tragar el nudo que siento en la garganta y rememoro nuestra última conversación. Aunque me cueste reconocerlo, cuando dije esa tontería de fingir que éramos novios no estaba pensando en mi artículo precisamente, sino en que de ningún modo deseo que Dulce viva otra experiencia así y ayer fui testigo de cómo su propio abuelo la miraba con deseo. No, más allá de lo que ocurriera en el pasado entre ella y yo, no dejaré que ese desgraciado la toque. Y Dulce ha reconocido que su familia no la creyó. ¿Habría cambiado algo si yo no la hubiera dejado? De haber estado juntos, no sé qué habría hecho tras escuchar su relato. Quizás yo esté más sensible con este tema después de lo de mi hermana, pero desde luego la habría creído, no como su familia, y al menos, no habría estado tan sola...

Ahora entiendo muchas cosas y una parte de mí —una gran parte— se arrepiente de

las veces que me he metido con sus ropas anchas..., aunque cuando yo la conocí ya vestía así, y lo de su abuelo fue después. ¿Por qué siempre ha vestido así? Ahora, en cambio, ha empezado a llevar ropa más femenina y le sienta realmente bien...

¡¡Maldita sea, la cabeza me va a estallar del lío que tengo!!

DULCE

Hoy Robert y Jenna me han invitado a comer a su casa y ya estamos recogiendo la mesa. Miro de reojo el reloj. Las tres y media. He llamado a mis padres para ir a tomar el té con ellos. Adair ha insistido en que era bueno que Ángel fuera conmigo, pues él podría ver cosas que a mí se me podrían pasar por alto, así que, tras negarme varias veces, al fin he accedido a poner el plan de Ángel en marcha.

Me inquieta lo que pueda pasar, no se van a tragar que él sea mi novio, aunque quién sabe, tal vez tenga razón y no vean raro que nos tiremos los trastos a la cabeza.

Sea como sea, me ha entristecido saber que Ángel no cree mi historia. ¿Y qué me esperaba? Pues eso, que me creyera. Una gran parte de mí quería que no me juzgara. Estoy cansada de esta guerra constante, pero no puedo parar, pues cuanto más lo quiero, cuanto más lo necesito, más lo odio; como si él tuviera la culpa de que yo no consiga olvidarle.

—Me voy, o mi falso y horrible novio se desesperará.

Jenna me sonrío y Robert me observa serio.

—Es mejor así —comenta Robert—. No dudo que eres capaz de hacerlo sola, pero cuando las emociones están en juego, no sabemos cómo reaccionaremos ante ciertas situaciones.

—Sí, eso pensáis todos —digo entre dientes—. Esta farsa no va a salir bien.

Llego a mi casa y busco qué ponerme que sea del agrado de mis padres. Cuando son las cuatro aún no he terminado de arreglarme y Ángel no tarda mucho en tocar a la puerta.

—¡Ya voy, dame un minuto!

—¡Abre la puerta o la tiro abajo! No pienso dejar que te escapes —me grita desde el descansillo.

Enfurecida y a medio vestir, la abro.

—¿Contento?

—¿¡Qué haces aún así!? —dice evitando mirar mi sujetador.

Me sonrojo y voy corriendo a esconderme tras el armario. Me he enfadado tanto que me olvidé de que no me había puesto la camiseta.

—Me entretuve, pero tranquilo, la casa de mis padres no está muy lejos, llegaremos a tiempo.

Me pongo la camisa y una chaqueta y termino de maquillarme. Una vez que compruebo que está todo bien, miro a Ángel. Va muy elegantemente vestido, con un jersey verde claro sobre una camisa blanca y un pantalón que no parece barato.

—¿Tengo tu visto bueno?

—Sí —digo a regañadientes—. No pienso besarte ni fingir nada. Te trataré como siempre.

—No esperaba otra cosa. Vamos.

Le doy a Ángel las indicaciones pertinentes y subimos a su coche para ir a casa de mis padres. Voy todo el trayecto con los ojos fijos en la ventanilla para evitar mirarlo, pero sin querer acabo mirándolo de reojo de cuando en cuando y notando, a mi pesar, que su cercanía hace que mi corazón lata desbocado. «Maldita sea, ¿por qué habré aceptado este plan absurdo?».

Tuerzo el morro y para cuando llegamos a la mansión de mi familia, sigo con él pintado en mi cara. Ángel aparca y sale del coche sin abrirme la puerta. No esperaba otra cosa, pero esto solo es una prueba más de que nuestro acuerdo será un fracaso. Y pensar que hubo un tiempo en que me vi envejecer a su lado...

—Vamos —me dice Ángel cuando llega a la puerta.

—Llama tú, tienes manos.

Ángel me observa serio y toca el timbre. Al poco aparece el mayordomo y nos hace pasar a la sala donde se encuentran mis padres. Cuando estamos a punto de entrar y veo a Ángel hacer un amago de poner su mano en mi cintura, mi corazón late desbocado anhelando su contacto, pero antes de hacerlo la retira y hace como si ese intento nunca se hubiera producido.

Al entrar, mis padres miran a Ángel sin poder evitar su curiosidad.

—Señor, señora, encantado de conocerles, al fin. —Ángel besa la mano de mi madre y saluda con un fuerte apretón de manos a mi padre—. Dulce me ha hablado mucho de ustedes. Estaba deseando que llegara este día.

—¿Sí? ¿Y por qué ella en cinco años nunca nos ha hablado de ti? —pregunta perspicaz mi madre.

«A ver cómo sales de esta, listillo», pienso divertida.

—Porque ha esperado a que yo hablara con ella de temas más serios. —Ángel deja entrever que el tema serio es el matrimonio, pero no lo dice—. No quería hacer las presentaciones oportunas si no estaba seguro de querer cuidar de ella.

—¿Es eso cierto? —Miro a Ángel asombrada por su facilidad para tergiversar la realidad y que, sin mentir, parezca que está diciendo lo que mis padres quieren escuchar.

—Eres mucho más guapo de lo que imaginaba, pero claro, mi hija no se merece menos. Ya que no posees dinero, ni título, por lo menos que seas guapo, ¿no?

Aparto la mirada avergonzada por el razonamiento de mi madre, pues, como siempre, la personalidad y los valores de una persona no figuran entre sus requisitos.

—Sentaos, ahora mismo traerán café y té.

—¿Y cómo os conocisteis?

—Fue hace cinco años, en una discoteca de playa. —Ángel le cuenta nuestra historia real y me quedo boba mirándolo mientras relata con cariño lo vivido. Por primera vez desde que volvimos a encontrarnos no transmite resentimiento al hablar de nosotros. Me sorprende que se acuerde tan bien; esperaba que lo nuestro hubiera quedado olvidado en un rincón de su memoria.

—Recuerdo esa época; las pocas veces que Dulce se dejaba ver por casa siempre venía sonriendo..., aunque la sonrisa solo le duraba unos segundos. Nunca entendí por qué.

No respondo a mi madre. Ya les conté la verdad una vez y prefirieron creer que me drogaba a aceptar que mi abuelo me trataba de una forma especial. Cuando conocí a Ángel estábamos veraneando en una de las casas que pertenecen a mi abuelo y, pese a que él se dejaba ver poco por allí, cuando lo hacía siempre preguntaba por mí. Ángel fue mi escape durante aquellos días y por eso me quedaba a dormir en su pequeño cuarto de la residencia siempre que podía. Sus brazos eran el único refugio donde me sentía segura...

Me remuevo incómoda en el asiento y tomo el té que acaban de traer para serenar mis nervios.

—Cinco años es mucho tiempo. Si aún estáis juntos es porque os lleváis bien, y eso es todo un mérito. Mi hija es muy difícil —comenta mi padre sonriendo.

—Lo sé. Hay días que desearía matarla y otros, sin embargo, que no puedo vivir sin ella... Tenemos los dos mucho carácter, pero, pese a nuestras pullas constantes, ninguno de los dos puede estar lejos del otro.

No puedo evitar mirarlo, con el corazón latiéndome desbocado. Él no sabe lo cerca que ha estado de la realidad con esa frase. Está manejando la situación muy bien, demasiado bien, y de repente siento como si me faltara el aire. Si ya de por sí estoy tensa porque la investigación ha removido fantasmas de mi pasado, el estar tan cerca de Ángel está afectándome aún más.

—Y que lo digas, hijo, todas las mujeres son así. A veces deseas matarlas pero en el fondo no puedes vivir sin ellas. —Mi madre le golpea con cariño y mi padre se ríe—. Te entiendo perfectamente.

Ángel me mira de manera significativa un segundo y luego se centra en su merienda y en seguir conversando con mi padre. Ahora le está contando que es periodista y que trabaja en la comisaría para enterarse de primera mano de lo que sucede. No pensé que iría con la verdad por delante. Hasta ahora solo le ha mentado en lo referente a nuestra relación, lo demás se ajusta bastante a la realidad. Y creo que es lo mejor, así no podrán pillarnos en un renuncio.

—¿Vendréis a la fiesta de la semana próxima? —pregunta ilusionada mi madre—. Ahora que estáis prometidos y que voy a tener un yerno tan apuesto, me gustaría presumir de él.

Miro a mi madre, sorprendida de que, pese a la carencia de dinero de Ángel, lo haya acogido con tanta facilidad. ¿Acaso estoy confundida respecto a ellos? No dudo que no me quieran, pero a su manera. De quererme de verdad, no me habrían cuestionado cuando denuncié a mi abuelo y a su amigo..., ¿no? O quizás se han arrepentido de aquello...

Estoy tan metida en mis pensamientos que no escucho a Ángel llamarme.

—Dulce. —Ángel toca mi mano y me mira preocupado—. Te preguntaba que tú qué piensas. ¿Vamos?

—Eh..., sí. Claro, perfecto.

—¡Genial! Además, he encargado muchos vestidos de fiesta para Dulce. Va a estar preciosa —dice mi madre con ilusión; yo solo asiento.

—Nosotros nos tenemos que ir —comenta Ángel levantándose.

—¿Tan pronto? —pregunta mi padre.

—Sí, pero volveremos pronto.

—Eso por supuesto.

Mi padre da la mano a Ángel y mi madre le da dos besos. Cuando me despido de ellos, salgo de la mansión nerviosa, molesta y mosqueada por lo vivido esta tarde. ¿Acaso sospechan que vamos tras mi abuelo?

Montamos en el coche y agradezco que Ángel no comente nada mientras conduce. Cuando nos detenemos y miro a mi alrededor, veo que hemos llegado a una pequeña playa.

—¿Qué hacemos aquí? —le digo tensa.

—Vamos a ser un equipo en este caso, para bien o para mal, así que tenemos que estar unidos. Tu abuelo es un traficante de armas y a saber qué más cosas. Por eso tenemos que averiguarlo todo de él y de tu familia, para no llevarnos sorpresas y estar prevenidos si sucede algo.

—Comprendo, pero...

—Dulce, esto me gusta tan poco como a ti —me corta tajante—. He notado tu cara de asombro tras la reacción de tus padres. No sé qué esperabas, pero sé que eso no. ¿Pasa algo?

—No lo sé.

—No quiero correr riesgos. —Lo dice muy serio y sé que tiene razón, pero no me siento capaz de abrirme sentimentalmente a él.

Abro la puerta del coche y salgo hacia la playa. La cercanía de Ángel en el espacio reducido del coche me asfixiaba y además, con lo sensible que estoy, sé que puedo acabar rogándole un abrazo, uno de verdad, algo que, pese a que he tenido relaciones con otros chicos, nadie me ha dado. Ni siquiera Adair, con lo cariñoso que se muestra con Laia; nuestra relación fue muy fría.

Al poco siento a Ángel a mi lado. Simplemente pasea a mi vera, sin decir nada, y eso me desmorona todavía más. Hubo una época en que me entendía sin que le dijera nada y ahora parece que hemos vuelto atrás en el tiempo.

—Te lo contaré..., pero no hoy. Por favor.

Lo miro seria y sé que mis ojos están llenos de lágrimas, pese a mis esfuerzos por no

llorar.

—Por favor...

CAPÍTULO 7



ÁNGEL

Observo los ojos llorosos de Dulce, descolocado. Se la ve totalmente derrotada. Esta imagen de ella, tan vulnerable, no me cuadra con la Dulce fuerte que he visto estos últimos años desde que apareció con Adair. Cuando fuimos novios era una chica prudente pero muy risueña y, aunque siempre sentía que algo entristecía su mirada y la hacía ser cautelosa, a mi lado parecía feliz. En aquel tiempo también vi, en más de una ocasión, este lado vulnerable suyo, sobre todo cuando, sin venir a cuento, me decía que la abrazara muy fuerte.

No estaba preparado para ver en la Dulce fuerte y fría de estos años a la Dulce de la que me enamoré. ¿Cuánto hay de la chica que era en la que es ahora?

—Bien, hablaremos mañana entonces.

Dulce asiente y me dice que la lleve a casa, que necesita estar sola. Camino de vuelta hacia el coche no solo porque ella me lo haya pedido, sino porque yo también necesito estar solo.

Cuando Dulce entra en el coche me he serenado lo suficiente como para no hacer ninguna tontería de la que pueda arrepentirme más tarde, pues me cuesta mucho resistir el impulso de abrazarla cuando la veo tan vulnerable.

Llegamos a nuestro edificio, nos despedimos en el rellano con un frío hasta mañana y quedamos en vernos temprano. No especificamos el sitio ni la hora, supongo que porque ambos queremos que este día termine.

Al poco de ducharme y ponerme cómodo, escucho la puerta de la casa de Dulce y cómo la cierra con llave. Intrigado, me asomo por la ventana y la veo salir equipada para correr y con los cascos puestos. La veo alejarse al tiempo que un recuerdo del pasado se revive en mí.

* * *

—¿Te gusta correr? —le pregunté.

—Sí. Suelo salir a hacer *footing* todas las mañanas temprano. —Habíamos abandonado la discoteca y llevábamos un rato andando por la playa.

—A mí también. Tal vez nos veamos mañana.

Dulce me miró con timidez y asintió. Luego miró su reloj, dándose cuenta por primera vez del tiempo que llevábamos hablando solos y lo tarde que se había hecho, y se despidió.

Al día siguiente salí de casa temprano, sin saber la hora a la que aparecería, y la esperé junto a los bancos de la playa. No tardó mucho en llegar, me miró con sorpresa y, tras sonrojarse, me saludó. En sus ojos vi como la ilusión de que hubiera venido borraba la duda y el temor de que no lo hiciera.

Pasaron varios días en que nos encontrábamos así, *casualmente*, para correr, hasta que me decidí a pedirle una cita.

—¿A mí? —Dulce dio un paso hacia atrás. La vi tan indefensa, tan frágil, que enseguida me arrepentí de habérselo propuesto.

—Bueno, yo...

—No soy como las demás chicas —contestó agachando la cabeza.

No entendí entonces por qué dijo aquello y sigo sin entenderlo, pero le repliqué:

—Lo sé, y por eso me gustas.

Dulce me sonrió y asintió.

Ese fue el comienzo de nuestra historia y el de mi desgracia, pues se coló tan dentro de mí que no he podido olvidarla, pese al tiempo que ha pasado y al daño que me hizo.

DULCE

Escucho la puerta de Ángel cerrarse. No hace mucho que amaneció, pero llevo ya una hora despierta. A decir verdad, no he dormido mucho esta noche, y eso que ayer cuando vinimos me fui a correr un rato para relajarme.

Cuando Ángel toca con los nudillos a la puerta, me levanto para abrirle y le dejo pasar. Por su cara deduzco que él tampoco ha dormido muy bien.

—Acabo de hacer café.

—Tomaré una taza.

Ángel se sienta en una silla junto a la mesa camilla que tengo y noto que no deja de observarme mientras le preparo el café, y sigue haciéndolo cuando me siento en el sofá.

—¿Qué miras?

—No tienes buena cara.

—Estoy perfectamente —miento y, más serena que ayer, logro esconder mis emociones para que no note cómo me siento.

—Entonces puedes empezar a contarme lo que necesite saber sobre tu familia.

—¿No te has traído una grabadora? —pregunto con ironía.

—Tengo buena memoria. Gracias por preocuparte.

—Me da igual si te acuerdas o no —le digo apartando la mirada y suspiro—. No sé por dónde empezar...

—¿Qué tal por el principio?

—No sé por qué debo contarte esto...

—Ya te lo expliqué ayer.

—Sí. Y sé cuál es mi trabajo... —Me levanto incapaz de quedarme quieta y paseo por el cuarto—. Desde que empecé a hacerme mujer, mi abuelo venía a verme más a menudo. Yo creía que era un hombre que me compraba regalos y me quería, no tenía por qué haber nada anómalo en el cariño de mi abuelo. Sin embargo, una noche en que mis padres habían salido, él se quedó con mi hermana y conmigo... —Tomo aire. Esto solo lo saben mis padres, pero ellos creyeron que no fue más que una pesadilla—. Estaba dormida cuando me pareció escuchar un golpe. Me desperté sobresaltada y vi a mi abuelo al lado de la cama, iluminado por la luna. Me llevé la mano al pecho asustada y me di cuenta de que... —tomo aire— no llevaba mi camisón. Él me dijo que había tenido una pesadilla y que entró para ver si estaba bien. Yo no recordaba ninguna pesadilla pero ¿quién sabe?, podía ser cierto. Además, solo era una niña.

»Ese fue el comienzo de los acontecimientos extraños que siguieron. Otro día entró en mi cuarto de baño mientras me duchaba, alegando que creía que estaba visible. Yo empecé a coger miedo, asco..., no sé bien cómo explicarlo. Pero nunca pasaba de ahí. No me tocaba... o no lo hizo hasta que cumplí los diecisiete años.

—Toma, te sentará bien.

Ángel me tiende el café y pego un trago largo antes de continuar.

—Después de que tú..., cuando te fuiste, me encerré en mi cuarto y no salí en varios días. Mis padres no sabían qué hacer conmigo y como ya hacía tiempo que les había dejado claro que no quería asistir a fiestas, ellos se marcharon sin mí, y mi abuelo se quedó en casa..., pero yo no lo sabía —tomo aire y continúo—: Creía que estaba sola. Era tarde y sabía que los empleados estaban dormidos en sus cuartos o se habían ido a sus casas. Bajé a la cocina a por un vaso de agua. Solo llevaba puesto un pijama de verano e iba descalza... No sé cómo se dieron cuenta de que bajaba las escaleras, pero cuando llegué a la planta baja, allí estaban los dos, esperándome. Mi abuelo me dijo que no había ido a la fiesta porque estaba preocupado por mi salud. Me llevaron a la biblioteca, pese a que me negaba, y él me preguntó que a dónde iba a esas horas de la noche. Cuando le dije que quería un poco de agua, su amigo fue a por ella... y aprovechó para echarle la droga. Cuando me la tomé, no tardé mucho en sentir los síntomas y entonces la máscara de mi abuelo se cayó del todo. Lo primero que sentí fue su aliento en mi oreja, diciéndome que me estuviera tranquila, que no recordaría nada..., lo segundo fueron sus sucias manos y las de su amigo acariciándome. Después me rompieron el pijama. Aún no sé cómo pude mantener una pizca de cordura. Recuerdo que golpeé al amigo de mi abuelo en la cara con un pisapapeles que había en la mesa antes de lanzarme por la ventana. Me tiré sin pensarlo y gracias a eso se asustaron y llamaron a la ambulancia, lo que me permitió escapar de sus garras. Tuve suerte de no morir, pero la cicatriz es un constante recordatorio de lo que viví aquella noche. —Inconscientemente, me llevo la mano al pecho—. Cuando salí del hospital y les conté a mis padres lo sucedido, no me creyeron, prefirieron creer la versión de mi abuelo y su amigo, al igual que la policía. Además, los rastros de droga en mi sangre dejaban claro que yo mentía, según ellos. En cuanto me dieron de alta en el hospital me fui de mi casa. Perdí el contacto con mis padres, a quienes solo veo de vez en cuando, y en

cuanto a mi abuelo, se ha mantenido al margen porque teme que le pueda acusar..., prefiere no remover el pasado.

—Por eso decidiste ser policía. —Me doy la vuelta y me percaté de que Ángel se ha levantado y que está más cerca de mí de lo que yo creía—. Quisiste hacer justicia para otros, ya que contigo no la había habido.

Asiento con la cabeza, incapaz de hablar. No esperaba que Ángel, de entre todas las personas que conozco, supiera entender eso. Aunque, si pienso en el tiempo en que estábamos juntos, él sabía ver cosas en mí que otros ignoraban.

—Si te he contado esto es para que sepas lo implicada que estoy en el caso y que haré lo imposible por atrapar a mi abuelo...

—Y a su compañero, que intuyo que piensas que es su socio.

Asiento de nuevo y contemplo a Ángel. Aunque trata de parecer calmado, sus ojos verdes arden de furia y sus puños están apretados. Seguramente mi relato le ha traído recuerdos de lo que le pasó a su hermana.

—Siento si te he recordado lo de Laia...

—Dulce, no pienses en mí. Tú eres la que ha sufrido una agresión. Ahora entiendo por qué ayudas en el centro de defensa personal y por qué te empeñabas tanto en ayudar a mi hermana...

—¿Y eso dónde nos deja?

Ángel me mira, sabiendo perfectamente a qué me refiero. Ahora mismo no somos enemigos acérrimos, estamos unidos en esta guerra, pero no confiamos el uno en el otro, pese a comprendernos.

—Supongo que esto es una tregua —responde.

—Al menos hasta que detengamos a mi abuelo.

Ángel asiente y aparto la mirada. ¿Quiero una tregua? ¿Ver el lado bueno de Ángel? ¿Amarlo cada día más?

—No..., no quiero tregua.

—¿Qué dices?

—¡Que no quiero! ¡Que no te soporto!

—¿Y te crees que yo a ti sí?! —grita Ángel perdiendo los nervios—. Pero nos guste o no, estamos juntos en esto.

—No quiero...

—Pues te fastidias. Vete haciendo a la idea... y yo también. Soportarte será lo más difícil que haré estos días.

Y tras decir esto, se va cerrando de un portazo.

ÁNGEL

Llego a la comisaría y, cuando entro en el despacho que comparten Dulce y Adair, los veo hablando y estudiando unos papeles sobre la mesa.

—Buenos días.

Adair me devuelve el saludo, pero Dulce sigue a lo suyo, como si no hubiera abierto la boca. Mejor.

Me pongo a mirar los papeles con ellos. Miro de reojo a Dulce y trato de imaginar lo que debió de vivir hace años. La veo lanzándose por una ventana queriendo morir antes de que su abuelo y el otro hombre... Trato de tragar el nudo que se me ha puesto en la garganta, pues, pese a todo, soy consciente de que tuvo que superar aquello sola. Por lo que me contó Adair, Dulce era muy solitaria antes de que se hicieran amigos. ¿Qué fue de su vida cuando dejó su casa? Laia no estaba sola cuando tuvo que superar su agresión; Dulce, sí. Recurrió a sus padres y ellos no la creyeron.

—¡Ángel!

Me percató de que ambos me están mirando y los miro serio.

—¿Qué?

—No te has enterado de nada. ¿Te pasa algo? No tienes buena cara —me pregunta Adair.

—Estoy bien.

«Sí, genial».

Desde ayer no dejo de pensar en Dulce sola, en Dulce herida... Me pregunto si el chico con el que me engañaba estuvo a su lado. Desde ese día los odié a ambos, pero espero de corazón que fuera así. Todo el mundo necesita a alguien para superar algo así.

—¿Ángel?

Miro a Adair y, tras negar con la cabeza, salgo de la comisaría. Necesito estar solo. Esta mañana, cuando me levanté, creí que estaba mejor, pero al verla todo se ha removido una vez más en mi interior.

DULCE

Cuando Ángel se pone las gafas de sol y sale de nuestro despacho, noto que Adair me observa fijamente.

—¿Ha pasado algo?

—¿Aparte de que no me soporta?

—Aparte.

Lo miro.

—No lo sé..., es posible que le contara algo que le trajo recuerdos —le digo, convencida de que está así porque mi relato le recordó lo mal que lo pasó cuando Laia fue atacada. Dudo mucho que sea por mí.

—Esto no va a salir bien. —Adair se pasa la mano por el pelo negro y me mira cansado.

Ayer me llamó por teléfono y le conté lo sucedido durante el café con mis padres. No le dije lo que había vivido en el pasado con mi abuelo, aún estaba afectada porque se lo acababa de contar a Ángel y no podía soportar revivirlo otra vez en el mismo día.

—Saldrá, te lo puedo asegurar.

* * *

Saco de la caja el vestido que mi madre me ha mandado para el baile. Es de color violeta y sé que, cuando me lo ponga, resaltará el color de mis ojos. Acaricio la tela y lo admiro, o lo hago hasta que el estómago se me retuerce al recordarme que esta noche acudiré al lado de Ángel.

Esta semana hemos hablado lo justo. Después de irse de aquella manera, volvió como si no hubiera pasado nada y desde entonces se ha preocupado de que su rostro no exteriorice sus sentimientos. Parece impasible y centrado en su trabajo, al igual que yo. Es mejor así. La indiferencia es la mejor arma para esconder los sentimientos.

Tocan a la puerta. Creyendo que es Ángel abro sin preguntar, pero quien está al otro lado es Laia.

—Hola, pensé que podrías necesitar ayuda para prepararte. Además me hacía ilusión ver tu vestido... —La dejo pasar y va directa a donde está el vestido—. ¡Es precioso!

—Sí, es una lástima que sea para una misión.

—Sí. Una misión peligrosa. ¿Qué tal estás?

—Bien, pienso tener la mente fría para no perder detalle.

—¿Y qué tal con Ángel?

—Indiferencia total. Al menos ya no nos gritamos.

Laia asiente y, pensativa, pasa las manos por la tela de la falda.

—He estado dándole vueltas a tu relación con mi hermano...

—No quiero hablar de eso —la corto tensa.

—Ángel no te hubiera dejado sin un buen motivo... Lo sé.

—Su motivo era que estaba con mi hermana...

—Ángel odia la mentira. Una de sus políticas cuando escribe es decir siempre la verdad. ¿Crees que alguien con ese principio te engañaría así? No, tuvo que ser por otra cosa. Sé que cuando miente lo pasa muy mal, no estaría tanto tiempo engañándote. Se le notaría.

—Laia, entiendo que quieras exculpar a tu hermano...

—Solo piénsalo. Fuera cual fuese la razón, eso pasó hace cinco años. Ambos habéis cambiado y madurado. ¿No crees que ya es hora de pasar página y mirar hacia delante? ¿O es que pensáis pasaros toda la vida discutiendo?

—No puede ser de otra manera —digo agachando la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque le quiero, porque nunca he dejado de amarlo y porque lo odio por esto mismo. Por no poder arrancármelo de mi ser. ¿Es que no entiendes lo desesperante que es buscarlo solo a él, añorarlo solo a él, querer sentirlo solo a él?

—Sí... y ya sabes cómo acabé.

—Lo mío con tu hermano terminó.

—Tal vez vuestra relación sí, pero puede ser un buen amigo... —Laia me sonrío con tristeza—. No dejes que esto se encalle en tu corazón. Ya no sois esos jóvenes, ahora os necesitáis. Al menos durante lo que tardéis en solucionar este caso apóyate en él. Tengo miedo por los dos —reconoce y me aprieta la mano.

—Y yo tengo miedo por...

—... Por tu pobre y maltrecho corazón.

Sonrío por la vena romántica de Laia.

—Sí.

—Solo será un tiempo. Después... el tiempo dirá lo que tiene que suceder. Y ahora, vamos a arreglarte o llegarás tarde.

* * *

Estoy terminando de ponerme la capa cuando llaman a la puerta. Laia abre y tras ella aparece un impresionante Ángel con un traje de gala que le sienta como un guante. Me quedo boba mirándolo y él parece estar igual de absorto contemplándome a mí.

—Vamos, que llegáis tarde.

Laia me tiende el bolso, rompiendo así el hechizo.

Montamos los tres en el coche de Ángel y antes de ir a la fiesta, vamos primero a dejar a Laia en su casa.

—Pasadlo bien esta noche —comenta Laia cuando aparcamos frente a su portal.

—Gracias —le contesto.

—Antes de que baje, quiero que ambos me prometáis algo.

—Laia, llegamos tarde —le dice Ángel molesto.

—Pues cuanto antes aceptéis, antes os iréis. No pienso bajarme hasta obtener lo que quiero.

—Laia... —empiezo a decir temiéndome por dónde van los tiros, pero ella me corta, ignorándome.

—Quiero que mientras dure esta misión se acaben entre vosotros los insultos, las malas formas de referiros el uno al otro y, sobre todo, que os apoyéis y respetéis como si fuerais buenos amigos.

—Eso es imposible —comenta Ángel antes que yo.

—Bien, entonces no me bajo del coche.

—Laia, es mejor dejarlo estar. Tu hermano y yo nos toleramos en la medida de lo posible.

—Estoy preocupada por los dos y me quedo más tranquila si sé que sois un equipo, y no que cada uno va por su lado. ¿Tan difícil es entender eso?

—No, pero... —trato de hablar pero me corta una vez más.

—Estoy de exámenes y pensar en todo esto me está distrayendo. ¿Tanto os cuesta firmar una tregua? ¿Tanto? —repite.

—A Dulce no le gusta firmar treguas conmigo.

—Vale, pues aquí me quedo. Hoy no he quedado con Adair, tengo todo el tiempo del mundo. —Laia hace que se mira las uñas de manera despreocupada. Noto como Ángel se empieza a tensar y yo miro la hora para comprobar, aunque ya me lo temía, que vamos justos de tiempo.

—Está bien, firmaré esa tregua —me resigno, sabiendo que Laia no cederá.

—Yo también. Y ahora baja del maldito coche.

—¡Sois los mejores! —Y sin más se baja con una amplia sonrisa en el rostro, como si no acabara de hacernos chantaje a los dos.

—Tu hermana es una manipuladora —le digo entre dientes cuando pone el coche en marcha.

—En eso estamos de acuerdo.

Cuando la mansión de mis padres aparece ante nosotros me tenso como en la última fiesta. No tardamos en dejar el coche de Ángel en el aparcamiento.

—¿Necesitas algún consejo sobre algo? —le pregunto flojito a Ángel mientras nos acercamos a la escalinata, que está atestada de gente elegante.

—No. A quien no le guste como soy, que no hable conmigo. Sé comportarme.

Asiento y entramos juntos en la mansión. Antes de dirigirnos al salón donde se dará el baile, nos acercamos a mis padres, que, como buenos anfitriones, están en el vestíbulo, recibiendo y saludando a todos los asistentes.

Mi padre presenta a Ángel a varios de sus amigos, mientras que mi madre me lleva con unas amigas suyas. Estas no tardan en pedirme pelos y señales de mi «apuesto novio», en palabras suyas, y yo les cuento lo que sé de Ángel en este tiempo —aunque siempre he sido fría con él, desde que volví a verlo no he dejado de seguir sus pasos y me resulta fácil hablar de su familia, su trabajo, lo que le gusta...—. Mientras hablo me doy cuenta de lo mucho que lo conozco y de todo el tiempo que llevo absorbiendo información de él sin querer reconocerlo.

Lo miro de reojo. Pese a estar lejos charlando amistosamente con los amigos de mi padre, no me pierde de vista. Le sonrío sin querer cuando nuestras miradas se cruzan e

inmediatamente vuelvo la cabeza cuando me doy cuenta de lo que acabo de hacer. No debería haber hecho eso.

—Buenas noches. —Me pongo rígida al escuchar la voz de mi abuelo detrás de mí—. ¿Me permiten robarles a mi nieta? Tenemos que tratar un asunto de familia.

Me giro y me obligo a observarlo con la cabeza alta, para que no note cómo me tiemblan las piernas y el asco que me da tenerlo tan cerca.

—Buenas noches, abuelo —le saludo mientras veo que nos dejan solos.

—Tus padres me han contado lo de tu repentino prometido. ¿Por qué no me lo dijiste la otra noche?

—Lo ha dicho ahora —dice Ángel— y con eso basta. A nadie le importa nuestra vida privada.

Ángel se pone a mi lado y me pasa una mano por la cintura de manera protectora. Siento la tentación de apartarla, pues me gusta demasiado la sensación que me produce, pero me reprimo, sabiendo que eso no nos ayudará en nuestro objetivo.

—Sí, lo sé. Tú debes de ser Ángel, el periodista —comenta de forma despectiva.

—No soy un periodista cualquiera —contesta Ángel—, soy el mejor.

Casi sonrío por la forma en que lo dice. Nunca voy a reconocerlo delante de él, pero leo todos sus artículos y son muy buenos.

—En ese caso, mentirás mucho para engordar la realidad y así tener más lectores...

—Nunca digo mentiras, es uno de mis principios. La verdad resulta más atrayente y tiene la ventaja de que nadie nunca podrá cuestionar lo que dices, porque todo es real —replica con rotundidad.

Lo miro perpleja, pues aunque Laia me lo había advertido, no me lo había creído hasta ahora, pero la forma de decirlo de Ángel me ha dejado claro que es así. ¿Siempre ha tenido ese principio? Hago memoria de nuestro tiempo juntos. Nunca tuve la sensación de que me mintiera, era alegre, despreocupado, sincero... y, sin embargo, lo hizo. Se fue. ¿Tuvo acaso un buen motivo? No, ¿qué estoy pensando?..., no puedo dejar que el muro que he construido en mi corazón durante todo este tiempo se derrumbe en un segundo. Ángel se fue sin más, me engañó. Más vale que no lo olvide.

ÁNGEL

Observo al desgraciado del abuelo de Dulce y, como en un acto reflejo, la atraigo más hacia mí. Me trago la furia que corre por mis venas y mis ganas de darle un puñetazo en su sonriente cara. ¿Cómo pudo hacerle eso a su nieta? No es más que un depravado.

—Entonces ya somos dos. Yo no tengo nada que esconder.

—Mejor —le sonrío sin dejar de estudiar sus reacciones y observo como llega por su derecha un hombre de su misma edad y con una mirada siniestra.

—Así que este es el famoso novio de tu hermosa nieta. —La forma en que ha dicho

«hermosa» lo delata, y también un pequeño temblor que he sentido en Dulce. No hay duda de que ese cabrón fue el amigo del abuelo aquella noche.

—Sí, ese soy yo.

Los observo con dureza y no me percató de Matt hasta que se pone al otro lado de Dulce, que le sonrío.

—Buenas noches a todos. ¿Qué hacéis aquí? Están sirviendo unos aperitivos increíbles.

—Hijo, ahora mismo no tenemos hambre. Estamos hablando con el novio de Dulce. Tú ya lo conocías, ¿no?

—Por supuesto, padre. Somos muy amigos —dice mirándome sonriente.

Miro alternativamente a Matt y a su padre asombrado, porque no se parecen en nada. Los ojos del padre de Matt son negros, casi sin brillo, consumidos ya por su avanzada edad, y los de Matt son azules. Tal vez lo único que una vez tuvieron en común fue el pelo rubio, pero es difícil saberlo, pues al padre de Matt hace años que le invadieron las canas.

—No me he presentado. Soy el rey Raven —comenta tendiéndome la mano.

—El apelativo «cuervo» le viene que ni pintado. —Le estrecho la mano sin dejar de sonreír—. Perdona que no me incline, pero a mí todas estas formalidades me parecen absurdas. No me considero inferior a usted en nada —le espeto y suelto su mano. No me pasa inadvertido el destello de ira que cruza por sus ojos, pero enseguida la reprime. Seguramente esté jugando con fuego, pero no puedo contenerme.

—Me ha entrado hambre. Vamos a probar esos aperitivos —comenta Dulce poniendo su mano sobre la mía—. Ahora nos vemos.

Nos acercamos a la mesa de aperitivos, dejando a Matt atrás con su padre. Dulce se lleva uno a la boca, pero le tiembla la mano y acaba dejándolo de nuevo en la bandeja.

—Deberías comer algo —le comento.

—No tengo hambre.

Observo a Matt desde la distancia y me pregunto si estará enterado de algo. ¿Sabe lo desgraciado que es su padre?

Cuando nos invitan a entrar en el salón para la cena, me siento al lado de Dulce y me fijo en que, una vez más, solo mueve la comida en su plato.

—Si no comes, pensarán que algo no va bien —le digo al oído, y enseguida me doy cuenta de que he cometido un error, pues su perfume a canela, tan característico en ella, invade mis fosas nasales. ¡Maldita sea!

—No me entra nada... —me dice entre dientes.

—Haz un esfuerzo.

Dulce me clava una mirada seria y casi espero que salte y me diga que no me meta donde no me llaman, pero no lo hace; en lugar de eso, pincha con rabia un trozo de comida y se lo lleva a la boca, sin dejar de mirarme furiosa. Sonrío y aparto la mirada,

para que no vea que me ha gustado su reacción. Seguimos comiendo, hablando de temas triviales con los demás comensales de nuestra mesa, en la que se encuentran los padres de Dulce.

Cuando llega el momento del baile, Dulce se viene a mi lado, en uno de los extremos de la sala, desde donde observo como los invitados empiezan a bailar al son de la música de la orquesta.

—¿Esto no está un poco pasado de moda?

—En esta sociedad, no. Una de sus metas es que sus arraigadas costumbres nunca mueran.

—Curioso —sigo mirando a la gente dar vueltas y vueltas, y le advierto—: No pienso bailar.

—Yo tampoco querría..., pero si me piden algún baile, no me puedo negar; sería una descortesía.

—Que les den —comento y doy un trago a mi copa—. Si no quieres bailar, no bailes. Nadie te obliga.

—La otra noche lo hice. Si queremos que esto salga bien, tenemos que guardar la compostura para que no noten nada raro... salvo tu presencia —le digo.

—Pues esta pieza está acabando y tu abuelo viene hacia aquí.

Dulce se tensa y espero que se niegue, pero cuando su abuelo le pide bailar, asiente sin más.

La veo ir con él. Podría decir que es una gran actriz si no fuera por su cara seria. Aunque trata de ocultarlo, no puede disimular el asco y el malestar que siente, se le nota a la legua, o al menos yo lo noto... Entonces, ¿cómo es que hace años no lo hice, si su cara es un libro abierto para mí...? La duda se instala en mi interior y me pongo serio. Hace años me engañó, pero ahora no puedo evitar recordar lo vivido con ella y mirarlo desde otro punto de vista. Un punto de vista en el que no la veo engañándome, sino viviendo una realidad conmigo. A mi lado. ¿Cuál de las dos versiones es la verdadera? No lo sé y no quiero descubrirlo. Saber que llevo cinco años equivocado sin motivo me aterra tanto como revivir la rabia que sentí cuando me creí engañado.

Tal vez lo mejor sería dejarlo todo como está.

DULCE

El vals que he bailado con mi abuelo termina y este me lleva a donde está el rey Raven, pero antes de llegar, Matt se adelanta y me lleva a la pista de baile.

—Por tu cara deduzco que preferías bailar conmigo.

Lo miro avergonzada, temiendo haberlo ofendido. Después de todo es su padre, y no sé hasta qué punto lo conoce.

—Me apetecía hablar contigo.

—Ángel no te quita ojo.

—Pues debería no quitarle ojo a mi abuelo.

—Sí, a él también lo mira. Y a mi padre.

Me tenso y pierdo el paso, pero Matt, muy hábil, me lleva otra vez al ritmo que marca la música sin que nadie lo note.

—Vamos afuera —me susurra.

Matt me conduce hacia uno de los balcones, alejándonos un poco de la gente para que no nos escuchen.

—Dulce, tengo indicios para pensar que mi padre era el amigo de tu abuelo que trató de abusar de ti.

—Yo... ¿qué indicios?

—He visto la forma en que te mira y cuando os ibais hacia la mesa de los aperitivos, ha comentado: «Lástima. De haber sabido que un día querría casarse, la habría esperado».

Un escalofrío me recorre la espalda y me llevo la mano a los brazos para frotarme.

—No me hubiera casado con él en mi vida.

—Tu cara acaba de confirmarme lo que yo temía. Por eso el otro día no quisiste revelar la identidad de tu agresor delante de los demás.

—No quería hacerte daño...

—Sé mejor que nadie lo desgraciado que es mi padre. Esto no me sorprende.

—Lo siento.

—No es culpa tuya. Cada uno solo puede ser responsable de sus actos —Matt me mira serio—. ¿De verdad creéis que él es el socio de tu abuelo?

—Sí. —Pero esa afirmación no viene dicha por mí, sino por Ángel—. Y si pudieras ayudarnos en esto, te estaríamos muy agradecidos. ¿Estás dispuesto a ir contra tu propio padre?

Me giro hacia él, sorprendida de que Ángel haya sabido ver también que el rey Raven es el otro hombre que me atacó. ¿Tan transparente soy?

—Sí —responde convencido—. Ese hombre se merece terminar sus años en la cárcel por todo el mal que ha hecho en su vida. Tu caso, Dulce, no es la primera violación que pesa sobre sus hombros, aunque afortunadamente contigo no lo consiguió —esto último lo dice con la mandíbula apretada, masticando las palabras, como si una de esas violaciones le tocara de cerca.

—Me alegra que estés de nuestro lado —le digo más relajada.

—Sí, y ahora será mejor que volvamos dentro antes de que nos echen en falta.

CAPÍTULO 8



Me levanto temprano y pienso en la fiesta de anoche. No volvimos muy tarde, pero me quedé dormida en el viaje de regreso. Cuando Ángel me despertó y me dijo que habíamos llegado, le miré y me quedé sin respiración. Estaba muy cerca de mí, su cercanía me absorbía, pero fue solo un instante, él enseguida se alejó poniendo, una vez más, distancia entre nosotros.

Y, al igual que ese, no he dejado de rememorar los momentos que viví ayer a su lado, agobiada por el lío de emociones que se agita en mi interior. Espero que resolvamos este caso pronto, porque no sé cuánto tiempo más podré resistir así, sin poder usar con él mis habituales desaires para apartarlo de mí y, sobre todo, para protegerme.

Me entra un mensaje en el móvil y veo que es de Adair; me dice que vendrá sobre las once a mi piso para que Ángel y yo le pongamos al tanto de la fiesta de anoche.

Faltan unos minutos para las once cuando tocan a la puerta y abro creyendo que es Ángel, pero quien, o mejor dicho, quienes me encuentro detrás de la puerta son Adair y Laia.

—Pasad —les digo.

Laia, al ver que Ángel no está en mi casa, va hacia la puerta de su hermano.

—No responde —comenta cuando pasa un rato y no abre.

—Anoche subió a su casa... —Pero ahora que lo pienso, cuando entré en casa no me di cuenta si él entraba en la suya. Tenía tanto sueño que cerré la puerta, me quité el vestido y me dejé caer en la cama.

Laia entra y saca su móvil para llamarlo. Ángel se lo coge al poco.

—¿Ya vienes para acá?... Bien, aquí te esperamos, no tardes. —Laia cuelga y nos mira—. Acaba de leer el mensaje que le mandaste —le dice a Adair.

Por la forma en que este me mira, sé lo que está pensando: que Ángel ha pasado la noche en casa de alguna «amiga». Aparto la vista y me levanto para sacar algo de comer.

—¿Queréis algo más? —pregunto esperando que me digan que sí.

—No, está todo bien... —me responde Adair—. Aunque, pensándolo bien, me apetecen unas tostadas.

Ha debido de notar la desilusión en mi cara, pero me da igual. Ahora mismo necesito tener las manos ocupadas y estar entretenida, y no pensando en nada. Cuando salgo de la cocina, me doy cuenta de que he hecho más tostadas de las que me habían pedido; menos mal que Laia y Adair no dicen nada al respecto.

—Comed lo que queráis —les digo y me siento a la mesa, esperando que Ángel no se

demore mucho. Por suerte, al poco de sentarme llama a la puerta.

Voy a abrir para probarme a mí misma que me es indiferente donde haya estado, pero cuando lo hago y lo veo con las mismas ropas, la imagen de él con otra acude a mi mente y, para martirizarme más, recuerdo lo que escuchamos Matt y yo. Y cómo no, sucede lo que hace días llevo evitando, estallo.

—¡No eres más que un cerdo! ¡¿Qué pasa si te ve alguien de mi familia?! ¡Aunque mejor cornuda a que piensen que me importa un bledo lo que hagas o dejes de hacer! ¡No te soporto! ¡No soporto estar cerca de ti! ¡Odio esta misión!

—¿Ah, sí? ¡Pues ya somos dos! ¿Te crees que a mí me gusta ver tu cara todos los días? ¿Tener que soportar tu compañía? ¡Te odio! ¡Odio el día que volviste a mi vida!

El sonido de la bofetada que le doy me sorprende a mí tanto como a él y, como si fuera un detonante, siento como las lágrimas, hasta ahora contenidas, caen con fuerza por mis mejillas.

—Y yo odio el día en que te amé. Tú no te lo merecías.

Y sin más salgo corriendo, sin importarme que esta sea mi casa y sabiendo que he perdido los papeles por completo. Ahora quiero estar sola y solo hay un sitio donde descargar todo lo que bulle dentro de mí. En el gimnasio.

ÁNGEL

Me llevo la mano a la mejilla y trato de serenarme.

— ¿No crees que te has...? —me empieza a decir mi hermana, pero la corto.

—Esto es lo que estaba destinado a pasar. Dulce y yo no podemos estar cerca...

—¿Porque tenéis una cuenta pendiente? —Miro a Adair con el ceño fruncido—. Tal vez ha llegado el momento de que habléis de lo que pasó.

—Yo sé lo que pasó.

—¿Y qué fue?

—Hablemos de la fiesta, no tengo ganas de hablar de Dulce.

Laia abre la boca para replicarme, pero Adair le pone una mano en el brazo y niega con la cabeza. Al menos él se ha dado cuenta de que no quiero seguir con este tema. Anoche, tras dejar a Dulce —o, mejor dicho, tras pasarme un rato mirándola dormir en el coche—, me sentí tan agobiado por lo que latía en mí que cogí el coche de nuevo y conduje sin rumbo hasta que llegué a una playa. Allí el sueño se apoderó de mí, dando descanso por unas horas a mis tormentosos pensamientos.

Les digo lo que pasó en la fiesta y también que Matt nos apoya. Seguimos hablando del tema hasta que se hace la hora de comer.

—¿Por qué no te vienes con nosotros a comer a casa de papá y mamá? —me propone Laia.

Sé que a mi madre le hará ilusión, de modo que decido ir tras ducharme y cambiarme

de ropa. Sin embargo, en la comida mi mente está en otra parte. No dejo de pensar en las lágrimas de Dulce. Sé que todo esto la está sobrepasando y yo solo estoy haciéndoselo más difícil. Me gustaría que pudiéramos sentarnos a hablar, pasar página, mirar hacia el futuro..., pero no puedo.

Cuando regreso a mi estudio y paso por delante de su puerta llamo al timbre, pero no me abre. ¿Dónde se habrá metido? Me inquieto por si su abuelo ha venido a buscarla y me paso el resto de la noche pendiente de oír las llaves en su cerradura.

Es cerca de la una cuando la oigo subir las escaleras. Sin pensar que solo llevo puesto el pantalón del pijama, salgo al rellano a verla. Está a punto de cerrar la puerta, así que pongo la mano y la abro de un empujón. Al hacerlo, me encuentro a una Dulce con los ojos muy abiertos, alerta y preparada para atacar. Tal vez debía haberla alertado de mi presencia. Lleva la misma ropa de esta mañana y no tiene buena cara. Pienso en lo que me dijo Adair y lo reconsidero seriamente. Tal vez si superáramos lo que ocurrió en el pasado podría seguir con mi vida; tal vez esa puerta aún sin cerrar es lo que me hace seguir amándola.

—Tenemos que hablar.

—No es buena hora para chillarnos.

Entro y cierro la puerta, ignorando su comentario.

—¿No te llega el sueldo para comprarte la parte de arriba del pijama?

—Vamos, Dulce, no es la primera vez que me ves así.

Dulce se sonroja y se da la vuelta para dejar su bolso en el sofá.

—¿De qué quieres hablar? —me dice de espaldas.

—De nuestra relación. De cómo acabó.

Dulce se tensa y se gira de golpe con los ojos vidriosos.

—Esta conversación llega tarde.

—Puede, pero hasta hace poco no creía importante explicarte por qué me fui, aunque tenía una razón de peso.

—Pues entonces no hay más que hablar, dejemos el pasado como está.

—Creo que es hora de que enterremos el hacha de guerra.

—¿Y si no quiero enterrarla?

—¿Y si esa fuera la única forma para seguir adelante sin mirar atrás?

Dulce me mira y siento como si ella estuviera en el mismo punto que yo, como si una parte de ella siguiera anclada en ese último día que estuvimos juntos y pensábamos en nuestro futuro. En nuestra casa perfecta, un adosado de dos plantas —«Con un amplio columpio en el jardín», según dijo Dulce con una sonrisa—. Recuerdo cómo se emocionaba mientras relataba los colores que le pondría al salón, y cómo su ilusión y la mía poco a poco se fueron transformando en pasión y casi acabamos acostándonos. Algo que hasta ese momento Dulce siempre había rehuido. Yo realmente me veía envejeciendo

a su lado. Por eso me dolió tanto enterarme de que no quería tener relaciones conmigo porque estaba con otro.

—Está bien. ¿Por qué te fuiste?

—¿Por qué me engañaste? —le digo serio.

Dulce me mira extrañada y, por un segundo, siento que no está fingiendo, que de verdad no tiene ni idea de qué le hablo. Aun así, me obligo a no bajar la guardia y sonrío con ironía.

—Ahora no vayas de víctima. Sé que estabas con otro a la vez que conmigo.

—¿Yo?... ¿Tú?... —Dulce me mira sin comprender nada—. ¿Tú creías que yo...?

—Sí.

—Por eso te fuiste —lo dice con tristeza a la vez que se gira hacia la ventana. Espero que diga que tengo razón, que me estaba poniendo los cuernos con otro..., pero no dice nada. Se queda en silencio con la mirada perdida.

—Me dijiste que eras virgen, que nunca habías estado íntimamente con ningún chico, que todo lo que hacíamos era nuevo para ti... Y de pronto descubro que llevas mintiéndome todo el verano. ¿Qué esperabas que hiciera?

—Tal vez fui una estúpida al pensar que tú me conocías mejor que nadie. Tal vez fui una ingenua que creía que lo que había entre los dos era especial... Me he torturado todos estos años tratando de entender por qué te fuiste..., pero nunca hubiera imaginado que lo hiciste porque pensabas que yo estaba con otro. Y que no te creyeras que cuando te decía que te amaba, era de verdad.

Siento que se me parte el pecho en dos y doy un paso hacia ella, pero me detengo. La desconfianza sigue muy latente en mí, pues me recuerdo que él sabía cosas de ella que supuestamente solo yo debería saber, como lo de la marca de nacimiento que tiene en cierta parte de su cuerpo, y Dulce me dijo que nunca había estado desnuda delante de un chico antes de entrar yo en su vida... Aprieto los puños.

—Siento que ambos viviéramos una relación tan diferente —continúa—. Pero ahora lo mejor, como tú dices, es mirar hacia delante. Actuar como si nada, tratarte con indiferencia.

—Dulce...

—Lo sé, el caso que tenemos entre manos. Tranquilo, te mantendré informado de todo lo que averigüe. Nuestro acuerdo sigue en pie.

Sus palabras están vacías. Y no puedo evitar preguntarle:

—¿Por qué?

No sé qué le pregunto exactamente. Por qué me hirió, o por qué lo nuestro no fue para siempre, por qué la vida nos quiso separar.

—No soy yo quien debe responder a eso. Fuiste tú el que se marchó sin preguntarme siquiera, el que me juzgó sin más.

—No me has preguntado con quién creía que estabas...

—No hace falta. Dudaste de mí. Creíste a otro antes que a mí, a la persona que decías amar. Me he dado cuenta de que no eres el chico que creía que eras..., así es mejor para todos.

Dulce se vuelve a girar hacia la ventana. Siento unos deseos irrefrenables de ir hacia ella y decirle que sigo siendo el mismo, pero dudo y, si lo hago, es por el daño que me haría si la vuelvo a perder. Me costó mucho recuperarme y me juré a mí mismo no volver a sufrir así nunca más.

Por ese juramento me doy la vuelta y salgo de su estudio, pues sé que quedarme un segundo más aquí sería mi perdición.

DULCE

Me despierto muy temprano con la intención de salir a correr, pero cojo el coche y conduzco hasta el lugar donde conocí a Ángel. Es hora de que diga adiós a mis recuerdos para siempre. Es hora de que pase página. Él no se merece que lo quiera, ni que lo haya querido. Él tampoco me creyó, al igual que mis padres y mi hermana. ¿Por qué nadie confía en mí? ¿Qué he hecho para merecer que la gente a la que quiero no me crea? ¿Tan poca confianza doy?

He pensado miles de razones para justificar que él se fuera, pero nunca imaginé que creería que le era infiel. Le di todo mi amor, todo, sin reservarme nada. Estaba siempre que podía con él, hice cosas por él que creía no poder hacer por mi pasado... y no sirvió de nada. Por mucho que lo amara, él no confió en mí. No fui nada para él.

Llego a la playa donde pasamos tantos días juntos y, tras aparcar y ponerme música, me dispongo a correr, esta vez sola, no como la última vez que vine aquí. Desde que lo dejé con Ángel no había regresado, pero hoy tenía que hacerlo.

Corro por la playa intentando no pensar en cómo me miraba mientras corríamos juntos y en cómo trataba de hacerme perder el paso para besarme. Acelero la marcha, deseando que mi agitada carrera se lleve por fin mis recuerdos.

No sé cuánto tiempo llevo corriendo cuando noto que las piernas, de puro cansancio, dejan de responderme y me caigo hacia delante.

—¡Dulce! —escucho decir a Ángel, pero no puede ser, deber de ser una mala jugada de mi mente. Sin embargo, cuando siento su mano en mi hombro, sé que no es mi mente juguetona.

—¡Déjame!

—¿Estás bien?

—Perfectamente... —Trato de ponerme de pie, pero me tiemblan las piernas—. ¿Por qué no hablaste conmigo? ¿Tanto te costaba confiar en mí?

Ángel me clava sus preciosos ojos verdes y veo dolor en ellos. No sé qué hace aquí, ni por qué el destino ha querido que coincidiéramos aquí otra vez después de tantos años, pero estoy devastada y quiero la verdad. La necesito.

—Era demasiado bonito para ser cierto y siempre pensaba que llegaría un momento en que se acabaría..., por eso, cuando me enteré de lo de tu infidelidad, no me lo cuestioné. Llevaba tiempo esperando que algo así sucediera.

Nos quedamos mirándonos en silencio y veo en sus ojos que me ha dicho la verdad.

—Es mejor dejar el pasado atrás —le digo seria.

—Sí. Para siempre.

—Sí.

Ángel se vuelve y mira el mar. Aún no hace mucho calor, por lo que no hay gente en la playa. Estamos solos, cada uno con sus propios pensamientos.

—Siempre podemos ser amigos... —por la forma en que lo dice, sé que le cuesta tomar esta decisión, por lo que le replico:

—Lo dices como si no quisieras ser mi amigo.

—Ni yo mismo sé lo que quiero.

—Ya somos dos.

Ángel empieza a andar y le sigo. Al contrario que nuestros anteriores paseos, este lo hacemos sumidos en un incómodo silencio.

—Podemos intentarlo. Éramos muy jóvenes.

Por un instante creo entenderle algo muy diferente, pero enseguida me recuerdo que Ángel no confía en mí y vuelvo a la realidad.

Si le dijera que no, pensaría que es porque aún siento algo por él. ¿Sería tan malo tenerlo como amigo? ¿Hablar con él como antes, pero siendo solo amigos? Una parte de mí grita que no, que ya está cansada de sufrir, pero otra más masoquista quiere recuperar la amistad que un día tuvimos..., aunque ¿puede existir amistad sin confianza?

—No puede existir amistad sin confianza. Es mejor que seamos solo conocidos..., es la única situación en que podemos estar tú y yo.

—¿Conocidos? —pregunta con ironía.

—Sí. Ni yo te conozco a ti ni tú me conoces a mí.

Ángel se detiene y me mira traspasándome con sus preciosos ojos de color esmeralda, el pelo rubio cayéndole desordenado por la frente, como si se hubiera estado peleando consigo mismo.

—Entonces no hay más que decir. —Empieza a irse, pero se detiene—. Si te hice daño..., lo siento.

—Yo no te puedo pedir perdón. No hice nada que lo merezca, aunque tú creas lo contrario.

Ángel no lo niega y se marcha. Siento que nuestro pasado ha quedado enterrado de alguna forma. Hemos hablado y sacado de dentro lo que tantos años hemos estado callando. Tal vez sea mejor así, a pesar de que cada vez que le vea me vendrá a la mente lo

que siempre me viene cuando estoy con mi familia: que en el momento de la verdad, me dejaron sola. Ninguno me creyó.

ÁNGEL

Tecleo en el ordenador los últimos apuntes de todo lo que tenemos y lo repaso antes de darle a imprimir.

Es domingo. Aunque he tratado de no pensar en Dulce y en los últimos acontecimientos que hemos vivido, mi mente no me ha dado tregua. ¿Y si ella no me fue infiel? No, me niego a creer eso, porque entonces significaría que llevo cinco años equivocado y tendría que reconocer que fui un imbécil al marcharme sin más Y lo que es peor: que tal vez por mi culpa ella fue atacada. Si hubiera estado conmigo, es posible que esa noche la hubiera pasado en mi estudio —o en el pueblo, pues, como ya habíamos hablado, Dulce se iba a venir a buscar trabajo aquí—, en vez de sola en casa con su abuelo. La culpabilidad me ahoga por dentro y no sé qué creer.

Lo que está claro es que no podemos seguir como antes. Es hora de que deje de castigarla por lo que siento. Ella no tiene la culpa de que no consiga olvidarla.

—No hace falta, abuelo..., Ángel me está esperando.

Me levanto en cuanto escucho la voz de Dulce.

—No me importa —la voz dura de su abuelo traspasa mi puerta y, mientras llego a ella, escucho el timbre sonar—. ¿Y no tienes llaves de tu propia casa?

—Se me han olvidado —dice Dulce al tiempo que yo abro la puerta—. ¡Hola! —me saluda y entra sin mirarme, poniéndose a mi lado—. Gracias por acompañarme, abuelo, nos vemos el viernes.

—Buenas tardes —comento. El abuelo de Dulce me responde con una inclinación de cabeza.

—Nos vemos el viernes. —Y sin más, se va.

Dulce cierra la puerta y me mira de reojo.

—Gracias.

—De nada. ¿Se puede saber qué hacías con tu abuelo?

Se lleva la mano a la cara y se aleja de la puerta.

—Mi padre vino esta mañana a por mí para llevarme a comer a su casa. No podía negarme. Hasta ahora tenía la excusa de que me asfixiaba en ella..., pero es evidente que si he vuelto a visitarles, ya no es así.

—Vaya excusa más mala.

—A ellos les valía. Así no tenían que soportar mi cara seria cuando iba a verles.

—¿Por lo del ataque?

—¿Por qué si no? —Asiento. Dulce coge uno de los bolis que hay cerca de mi

ordenador y le da vueltas en la mano—. Cuando llegué, mi abuelo estaba allí. No pude escaquearme de la comida y no tuve más remedio que quedarme hasta el té, para no levantar sospechas. Lo peor es que mi padre le pidió a mi abuelo que me trajera a casa.

—¿Te ha tocado?

—Si lo hubiera hecho, tendría la nariz rota —dice con furia y sonrío, pues la creo muy capaz.

—Me alegra que sepas defenderte.

—Ojalá hubiera aprendido antes.

—Y ha querido entrar en tu estudio.

—Eso parece, pero le dije que vivía contigo y que estabas esperándome. Ha sido una suerte que estuvieras en casa.

—Estaba terminando un informe de lo que llevamos del caso y un artículo.

—¿Es esto? —dice señalándome la pantalla.

—Sí. Puedes leerlo si quieres y añadir lo que creas conveniente.

Dulce se pone ante el ordenador; yo cojo una silla y me siento a su lado. Enseguida noto que algo ha cambiado entre nosotros. Aunque no me gusta —o más bien me aterra— conocerla más, no quiero estar lejos de ella.

—Aquí falta algo. —Dulce empieza a añadir datos al *dossier* y sonrío al darme cuenta de que lleva razón. Es la primera vez que me olvido de poner un dato importante, pero no me extraña tal y como tenía la mente este fin de semana—. Hecho. Está muy bien.

Me sorprende su halago y más aún que, tras decírmelo, se quede mirando fijamente al ordenador para que no vea su cara.

—Gracias. ¿Crees que tu abuelo seguirá merodeando por aquí?

Dulce se levanta de golpe y coge sus cosas.

—Lo siento, yo... ya me voy.

—No lo digo porque molestes.

—Ya, bueno..., es mejor que me vaya. Gracias por todo. —Y sin más desaparece por la puerta de mi casa.

¿Acaso a ella le pasa lo mismo que a mí? Es imposible, han pasado cinco años. Aunque me gustaría que no sintiera nada, porque no puede haber nada entre nosotros, una parte de mí late con fuerza ante la idea de que ella siga sintiendo lo mismo... Pero ¿qué digo? No, es mejor dejar todo como está.

AGRADECIMIENTOS

En especial a mi prometido y mi familia, por vuestro apoyo incondicional, por ilusionaros con cada uno de mis logros y vivirlos como propios. Por quererme tanto como yo os quiero a vosotros.

A mi editora Adelaida Herrera y a Click Ediciones por confiar en esta serie y amarla tanto como la amo yo. Y a Mónica Yáñez, por ser tan maravillosa y corregir mis novelas para que brillen con luz propia.

A todos mis lectores y a toda la gente que me apoya, por dejaros seducir con mis novelas y vivirlas con la misma intensidad con que yo lo hago cuando les doy vida. Gracias por entender mi mundo y por estar a mi lado. Por vuestros comentarios y opiniones que me ayudan y me animan a querer mejorarme en cada libro.

A todos vosotros, ¡¡gracias por ser simplemente maravillosos!! Y a los nuevos lectores, encantada de que os unáis a mi pequeña gran «familia».



Nació el 5 de febrero del 1983. Desde pequeña ha contado con una gran imaginación. Imaginativa y despierta no tardó mucho en empezar a decantarse por el mundo literario, ya que con 9 años empezó a escribir un pequeño teatro y con 12 años escribía poesías y frases sueltas. Pero no fue hasta los 18 años hasta que «descubrió» el ordenador cuando escribió su primera novela en serio, siendo este el comienzo de su carrera literaria. Desde entonces no ha dejado de escribir y de inventar diversos mundos llenos de magia, fantasía y amor. Publicó una serie de 9 libros de forma gratuita en su blog «Mi error», que cuenta con miles de descargas por todo el mundo y ha conseguido con ello un mayor reconocimiento.

Libros publicados en papel:

- **El círculo perfecto** (Editorial Ambar 2010)
- **Me enamoré mientras dormía** (Editorial Nowe Volution Enero 2014)
- **Me enamoré mientras mentías** (Editorial Nowe Volution Noviembre 2014)
- **Por siempre tú** (Ediciones Kiwi Marzo'15)

Administradora de la web literaria de éxito «teregalounlibro.com» que cuenta con más de un millón de visitas.

Además, la autora ha conseguido colocarse en las **primeras posiciones de las listas de más vendidos en Amazon y iTunes** con sus novelas «Me enamoré mientras dormía» y «Por siempre tú» y su novela «Me enamoré mientras mentías» ha sido nominada a mejor novela romántica juvenil este año en club romántica.

Más sobre ella: <http://www.moruenaestringana.com/>

Su frase:

«La única batalla que se pierde es la que se abandona»

Y ella no piensa abandonar su sueño.

PRÓXIMAMENTE

Queridos lectores:

Esperamos que hayáis disfrutado mucho con la lectura y os animamos a seguir leyendo la serie «Mi error».

Aquí tenéis los próximos lanzamientos.

Volumen V

Mi error fue amarte. Parte I (03/05/16)

Mi error fue amarte. Parte II (17/05/16)

Volumen VI

Mi error fue creer en cuentos de hadas. Parte I (07/06/16)

Mi error fue creer en cuentos de hadas. Parte II (21/06/16)

Volumen VII

Mi error fue no ser yo misma. Parte I (05/07/16)

Mi error fue no ser yo misma. Parte II (16/07/16)

Volumen VIII

Mi error fue tu promesa. Parte I (06/09/16)

Mi error fue tu promesa. Parte II (20/09/16)

Volumen IX

Mi error fue ser sólo tu mejor amiga. Parte I (04/10/16)

Mi error fue ser sólo tu mejor amiga. Parte II (18/10/16)

Serie Mi error

Mi error fue amarte

Parte I

Moruená Estríngana

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Moruená Estríngana, 2016

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Sergey Causelove / Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2015

ISBN: 978-84-08-15449-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

[*Mi error fue amar al príncipe. Parte I*](#)

Moruena Estríngana

[*Mi error fue amar al príncipe. Parte II*](#)

Moruena Estríngana

[*Mariposas en tu estómago \(primera entrega\)*](#)

Natalie Convers

[*Ella es tu destino*](#)

Megan Maxwell

[*Heaven. El hilo rojo del destino*](#)

Lucía Arca

[*La suerte de encontrarte*](#)

Helena Nieto

[*La chica de los ojos turquesa*](#)

Jonaira Campagnuolo

[*Aura cambia las zapatillas por zapatos de tacón*](#)

Alexandra Roma

[*Una canción bajo las estrellas*](#)

Laura Morales

[*Viaje hacia tu corazón*](#)

Moruena Estríngana

[*Aura tira los tacones y echa a volar*](#)

Alexandra Roma

[*Suki Desu. Te quiero*](#)

Kayla Leiz

[*Tú eres mi vez*](#)

Judith Priay

El algoritmo del amor

Diana Al Azem

La magia de aquel día

Clara Albori